

BIBLIOTECA NACIONAL



0428664



BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Volúmenes de esta obra..	1
Sala en que se encuentra.	11
Tabla en que se halla....	355
Orden que en ella tiene..	1

Imp. Universitaria



CARNE Y ESPIRITU

NOVELAS BREVES

MISAE L CORREA PASTENE

2410

CARNE Y ESPIRITU

NOVELAS BREVES

Ilustraciones de Gabriel Sepúlveda C.

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO 1939 CHILE

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Inscripción número 6.629

N.º 1810

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento
- Ahumada 125 -
Santiago de Chile, 1938.

A mi amigo y colega en el
periodismo, Clemente Díaz León,

Morrea

7 de junio/939.

A GUISA DE PROLOGO

LA ONDINA

Era ya pasado el mediodía y el sol del estío caía derechamente sobre la tierra verdeante del valle. Ni un soplo de viento movía los ramajes inclinados de los bosquecillos que guardan la fresca corriente del Huépil que se desliza al pie del cerro.

Yo subía lentamente, en mal caballejo, el sendero que lleva a la cumbre, cortando diagonalmente aquel macizo moreno y pedregoso. Al fondo, el valle angosto y largo, tendido entre el cerro empinado y las suaves lomas del otro lado; y en ancha curva el estero de Huépil lo cruza para venir a recostarse al pie del monte y seguir a su vera hasta perderse en una ensepada lejana.

Mi caballo, el cuello tendido, sueltos los rendales, subía penosamente y tanto se inclinaba, que parecía olfatear aquella tierra escandecida por el sol. Bajo las anchas faldas de mi sombrero de paja, sentía los mismos desgano y modorra que mi cabalgadura.

Abajo, el bosque de canelos y avellanos que guardan como bajo palio el remanso del estero, que cruzando el valle, ahí ahonda y se extiende bajo la fronda. Las hojas del canelo, de verde intenso y lustroso, brillan heridas por el sol; el avellano yergue su copa cónica sobre la ancha base de sus ramas horizontales al ras del suelo, y la redonda masa del oloroso boldo llena los huecos de aquella barrera.

Por bajo el ramaje el estero espejea en el dulce correr de sus aguas claras y lucientes; al socaire del dombo del arbolado se entrevé la superficie del remanso que rayan algunas ramas péndulas y los cíni-fes que juegan sobre ella.

Mis ojos se posan lánguidos sobre aquel fresco reparo. Al rayo del sol, siento el ansia de la siesta despuntada cabe el agua, al socaire del ramaje, en el olvido de propios y ajenos cuidados, en la dulce remembranza de viejos sueños.

Notas de cristal que se rompen me sobresaltan y rehacen. ¿Es el agua que rumorea, bellota que en ella cae o voz humana?

Una cálida simpatía me invade. Es voz humana. Frescas risas llegan hasta mí; un gritito agudo ha hecho levantar el vuelo a unos tordos que posaban en el avellano; veo por entre los claros de la fronda ma-

sas blancas que se mueven y desaparecen; oigo rumores vagos, ramas que se menean, pájaros que vuelan.

Risas, voces, gritos alegres se suceden. ¡Ah!, son muchachas que vienen al baño. He entrevisto un pie blanco que avanza sobre la orilla del agua y se retira rápido; le veo reincidir con decisión. Ya los dos pies están en el agua clara; ya avanzan al medio; ya el agua olea mansamente sobre el nudo de las rodillas. Por entre las ramas blanquea, impreciso y móvil, el resto del cuerpo. Luego, otros piecesillos...

Violentemente, la visión cambia: mi caballo ha llegado a la cumbre y tuerce. Lo detengo improvisamente, le hago girar y torno la vista sobre el cuadro primoroso y primitivo.

Tres muchachas, en el vago cambiante límite de la pubertad, juegan en el agua, y sus risas tienen tintineo de cristal, y sus movimientos, soltura y suavidad felinas. Las veo correr, zabullirse y reaparecer lucientes, llameantes, aterciopelada la negra cabellera, distendida la risa jocunda. Luego traban batalla, cogen el agua en el tazón de sus manos juntas y se la arrojan a la cara; la esquivan, corren, se encorvan y escabullen; y luego se yerguen blancas y gráciles. Se internan bajo el dombo del bosquecillo; entreclarean sus cuerpos en la fronda del ramaje,

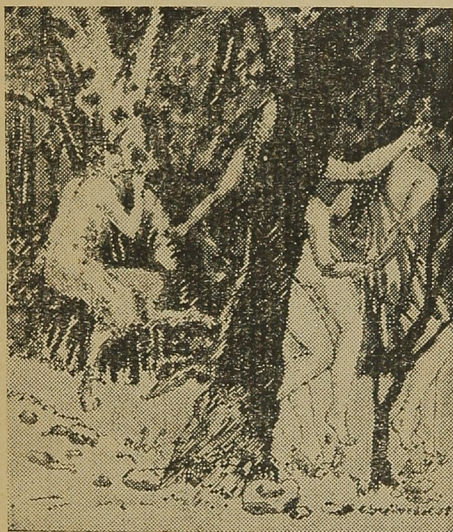
cada vez más vagos, cada vez más esfumados en la sombra. Sus voces de cristal menguan en sonoridad, se alejan: ya son gorjeos distantes.

Bajo el sol canicular, la visión y la audición persisten como un miraje, con la vaguedad del sueño, de las cosas entrevistas en la lejanía de recuerdos milenarios.

Masas blancas, claridades de piel lustrosa flotan rápidas y pasan entre las verdes masas de los árboles. Movibles manchas de sol, lampos que se rompen, reflejos de hojas en que la luz resbala y cae, simulan cuerpos flexibles y ondulantes, turgencias núbiles, espejeos de ojos cándidos y admirativos. Lentamente, en la visión de las cosas lejanas, los vivos colores del paisaje se nublan como en un cuadro que penetra en la sombra y reaparece a la luz transmutado; y fundiéndose visión, sensación y recuerdos, creo ver los rientes valles de la antigua Grecia, el claro y lento caudal del Cefiso que bordan plátanos y mirtos, en que canta el coro de las cigarras y la regocijada turba de ondinas y ninfas que tejen graciosas danzas sobre el verde césped, en la casta desnudez de la belleza. Sobre esta trama luminosa serpentean risas como clarines, voces arpegiadas, rumor de viento en las

ramas, gorjeos de pájaros y el canto del agua entre las guijas.

De repente, las ramas se mueven y asoman por entre sus claros, ojos lascivos y caras barbadas de sáti-



ros en acecho. Surgen gritos agudos, sonoridades de aguas agitadas, estrépito de ramas que se desgajan, golpeteos de carreras. El grupo de ninfas y ondinas ha desaparecido y sólo se siente el seco golpe repetido

de la pezuña del sátiro sobre los guijarros del ribazo.

El cuadro primoroso de la belleza y la inocencia fué roto por la irrupción de la pasión brutal.

Luego silencio y paz. En las rumorosas ondas del Huépil parecen lucir miradas pensativas.

Una bandada de tordos bulliciosos que cae sobre el bosque como lluvia de negros copos; la greguería de un convoy de choroyes que pasa por la altura me han sacado de mi embeleso. Recobro las abandonadas riendas, miro el Huépil que distiende y empuja sus ondas luminosas y picando los hijares de mi cabalgadura me lanzo al galope por la llanada reverberante al sol, envuelto en nube de polvo, hacia el sombrío confín de montañas: a vivir en la tarea fatigosa contra la dura realidad!

JUANITA

Aquella noche Robertín, el mimado de la casa, se había acostado con pena, cansado de llorar y de gemir. Aun dormido, convulsos suspiros lo agitaban en su lecho de cobertores color rosa y se daba vueltas desasosegado e inquieto, en ese estado medio entre la vigilia y el sueño, en que la modorra sujeta y aprisiona los miembros y los tortura como en una pesadilla dolorosa y sorda.

¡Cuánto había llorado! Cogido a las faldas de su mamá, que frente a la magnífica luna del ropero se hacía el tocado de baile, lanzaba tiernos gemidos suplicándole en su media lengua no se fuera, no lo dejara solo.

En su imaginación de niño estaban grabados los tiernos reclamos de madre cariñosa que ella le dirigiera, cuando en sus juegos le amenazaba él con irse a la calle y ella, cubriéndose el rostro con ambas manos, fingía llorar y le llamaba con ternezas y cari-

ños; entonces volvía calladito y separándole las manos, al hallarle la cara risotera y expansiva, se la cubría de besos.

Bien se acordaba de todo y le venían a los labios aquellas ternezas para repetirlas a su vez ¡Tenía tanto miedo! En la tarde había pasado "*aquel hombre*" rebotando una alegría que le hizo mal; y ahora salía mamá tan elegante. ¿Por qué?

En su corta memoria de niño mimado, que no conoce más vida pasional que las ternezas maternas, iba surgiendo un enlace fatal de hechos que parecían comprimir y achicar su corazoncito; poco a poco, los juegos con su madre iban disminuyendo; solía ella pasarse las horas muertas en enervante ensueño, pensativa y entristecida a veces, a veces risueña y juguetona con alegría y arranques de niña; pero no hacía caso de él ni de Juanita, su hermanita mayor de padre solamente, que siempre acariciadora, taciturna y silenciosa se deslizaba por la casa sin hacer ruido, conociendo ¡ay! que no la querían.

Ese estado de somnolencia y de vivacidad nerviosa, acrecía en su madre cuando venía a verla ese hombre joven, elegante, de mirada tan fría, que conversaba casi siempre en voz baja y confidencial.

¿Por qué ya no le admitían en el salón, cuando

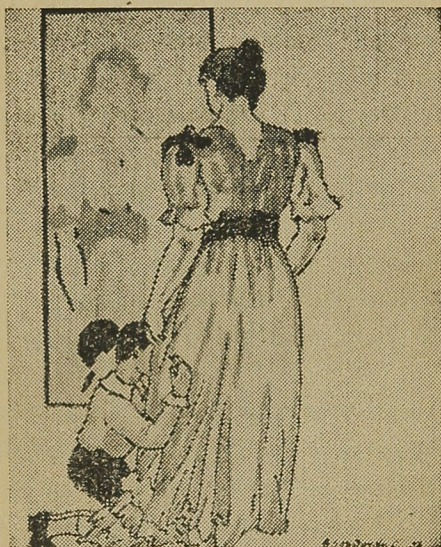
venía "ese hombre"? Antes, siempre de pie y apoyado en las faldas de su madre, asistía a las visitas que venían; ahora, siempre su mamá lo mandaba a cualquier cosa o le decía que fuera a jugar con Chana. El quería a Juanita, pero más, mucho más a su mamá, de cuyo lado nunca se había separado; y su mamá lo quería más a él que a Juanita, bien lo sabía.

Pero ese hombre... Un día creyó Robertín haber visto al pasar por frente al salón que su madre forcejeaba por retirar la mano de entre las suyas, que acabó por llevarla a sus labios. Su mamá volvió el rostro y el hombre se puso de pie y lo llamó con falsa risa; pero él huyó, sintiendo inusitado ardor en las mejillas y un ansia brutal de arañarlo, de morderlo.

En su recto corazón de niño de cinco años sentía ya el exclusivismo del amor, y sentía sin explicárselo, que algo malo se interponía entre él y su madre.

Y aquella tarde, después de una breve visita de aquel hombre, ¿por qué ella estaba más preocupada, risueña y triste a la vez, los ojos brillantes y toda llena de nerviosa irritabilidad? Había querido acariciar a Robertín, pero luego lo rechazó; tuvo un arranque infantil de vestir y aderezar a Juanita, pero se cansó al principiar; los llamó con voz gozosa, rebosante de

cariño, y cuando ambos cogidos de la mano llegaron corriendo, les ordenó irse con el aya; en suma, sentía extraños impulsos e inquietudes, plétora de vida, exceso de sensibilidad que se traducían en palabras ra-



ras, acciones inconexas, ganas de llorar y de reír, sin causa ni motivo. ¿Por qué?

Sintió Robertín más fuerte que nunca la atracción hacia su madre, la necesidad de ser acariciado por ella, de estar en sus faldas, y al ver cuán poco co-

mió, cuán callada estuvo y cómo pronto se retiró a su alcoba a vestirse y tocarse, sintió subirle las lágrimas y la siguió, deteniéndose afirmado contra las jambas de la puerta del misterioso recinto.

Al fin no pudo contenerse y entró, se cogió a las faldas de la mamá que, frente al espejo, se retorció la magnífica trenza color castaño para formar el rodete del moño, y se echó a llorar y gemir sin consuelo.

Distraída, la mamá tendió la mano para acariciarlo; pero él gimió con nueva fuerza. Sintió la madre removérsele las entrañas y brotó espontáneo un sentimiento de compasión muy vivo que enterneció su mirada e hizo subir hasta sus labios una frase, una comparación cariñosa, apenas modulada; "parece un perrito"; pero... ¿no era esa la palabra empleada por ese hombre que odiaba Roberto, en uno de sus arranques de ternura? Sintió algo como un golpe de rechazo en pleno corazón, y dijo con voz fría y severa en que temblaba un dejo de reprimida emoción:

—¡Roberto, vete, no me molestes!

Y él se enderezó tambaleando y salió ciego por las lágrimas; pero al traspasar el umbral, se echó al suelo dando gemidos. Juanita que le aguardaba, lo re-

cogió y a pesar de su endebles, lo llevó a la alcoba. Luego el aya lo metió por fuerza a la cama.

¡Lo que él lloró, sintiendo el rechazo de su madre y la dureza del aya!

* * *

La madre salió aderezada para el baile.

Estaba hermosa en la plenitud de sus veintiocho años, en la turgencia y amplitud de su corta maternidad. Hacía ya dos años que su marido la abandonara, disgustado, herido y celoso, jurando no volver; dos años en que Robertín, el hijo único de su corta vida matrimonial, fué su consuelo y su cariño y en que Juanita, sólo tesoro que el marido aportara a la vida conyugal, sufrió las consecuencias de la sorda fermentación de odio y decepciones que había en el alma de su madrastra.

Al salir, habíase calmado en ella la inquietud nerviosa. La conciencia de su belleza, acaso la proximidad de aquella fiesta, tan esperada y tan temida, le dieron la serenidad y placidez con que esplendía al salir de casa.

Sólo que la madre olvidó, en su preocupación, de ver al mimado de antes que, presa de incipiente fiebre, se agitaba en su camita de cobertores rosa.

Sólo Juanita velaba. Su carácter taciturno y tímido había tenido una pequeña revelación de energía; se negó a acostarse, cuando el aya se lo ordenó, y se puso al lado de la cama de Robertín, como para ampararse ante aquella desgracia que la afligía tanto, porque ya harto la conocía en su desolada infancia.

Tenía entonces siete años. Conservaba el recuerdo de época más feliz, cuando su padre la acariciaba y defendía; pero ahora, abandonada a su suerte, hostilizada en sus gustos, contenida en sus alegrías, rechazada en sus explosiones de cariño, vivía en sí reconcentrada y tímida.

Todas las exaltaciones de la infancia, todo ese mundo embrionario de ideas y sensaciones que dan saltos por la vida externa y real, le nacían y morían dentro del alma; pero del mismo modo que en las grutas sombrías, a donde no llegan las alegrías de la luz, las filtraciones secretas se condensan en estalactitas, así en el fondo de su ser los datos del mundo que aprehendía su inteligencia iban rezumando ideas, que se concretaban inconexas, extrañas, sin ilación, pero al fin ideas.

En naturalezas menos agradecidas y rectas que la suya todo aquel fondo de amor acumulado y sin empleo hubiérase tornado en odio, como el vino se true-

ca en vinagre, siguiendo la natural degeneración de las cosas; pero en su alma candorosa, amante y veraz, yacía intacto el depósito, concentrándose en el silencio como en un guardado pomo de esencia.

Y en aquellas horas lentas de la noche pasada al lado de la cama del enfermito, cuyos fuertes suspiros y angustioso dormir le oprimían el corazón, se incoaba en ella una idea vaga, borrosa en sus contornos, pero fija, persistente y dominadora; la idea de aliviar a Robertín a costa suya. Poco a poco, el sueño la rindió y se derribó sobre el pavimento; pero en su carita expresiva todavía irradiaba, como luz que viniera de adentro, una inspiración santa.

* * *

Robertín amaneció malo. Forcejeaba por quitarse las ropas, gritaba, quería saltar del lecho; los escalofríos lo hacían temblar; su piel caliente y seca, su mirada brillante y fija indicaban a las claras sus sufrimientos.

El aya trataba de calmarlo, resistiéndose a dar parte "por no afligir a la señorita"; pero a mediodía determinó hacerlo. La madre había entrado en casa con los primeros albores del día; temblaba de frío y de

emoción bajo el grueso abrigo de pieles que daba realce al blanco encendido del rostro y a los ojos en que lucían como últimos restos, los postreros chispazos de las recientes pasadas agitaciones.

Rendida del baile y de la velada, sintiendo las punzadas del frescor de la mañana, cargados los ojos de sueño y principiándole la enervante reacción del calor después de la primera impresión del aire matinal, no tuvo fuerzas para esperar de pie el día y sus afa-
nes; y luego, ¡sentía una necesidad tan grande de hallarse sola, para repasar en su imaginación una por una las peripecias de aquella noche, de dar vueltas por sí misma las hojas de aquel libro vivo que había escrito y entre cuyos renglones misteriosos, esmaltados de sonrisas y miradas, cuyo valor sólo ella conocía, todavía hallaba algo que desentrañar y que esclarecer!

Metida en el lecho, entregado el cuerpo a su blandura y tibieza, los ojos abiertos, los labios simulando una sonrisa desvanecida, en esa actitud de expectación y ensueño en que parece retenerse la impresión de un beso ya ido que pasó rozándolos suavemente; los albos y redondos brazos caídos sobre los cobertores oscuros, comenzó a recordar, a resentir y revivir las horas ya pasadas. Luego, a soñar el futuro. Sentía su alma, hasta entonces recta y llena por el

amor de su hijo, un punzante placer en extraviarse anegándose en la sombra de aquel caminillo tortuoso, obscurecido por altos árboles y tupidas enredaderas que ella se imaginaba iba a ser el de su vida desde allí en adelante; caminillo en que preveía mezclados, unidos, peligros inminentes y goces inefables y donde disfrutaría, viviéndola hondamente con todas sus potencias y sentidos, la novela, ¡ay la única novela! que creía podría realizar en los días de su existencia. Y hundiendo y sumergiendo su alma en aquellas quiebras y abismos morales sentía la fruición del vértigo del que se asoma al borde de profundo barranco.

En tal estado la halló el aya, cuando penetró en la alcoba a noticiarle el estado de Roberto.

—¿Será cosa de cuidado?—preguntó distraída.

—Tal vez no, señorita; un poco de fiebre que pasará con el día.

—Entonces, déjame sola.—Y luego, como volviendo en sí, dijo al aya que ya pasaba el umbral:

—¡Cuídalo mucho, pobrecito!

* * *

Mientras por tales derrumbaderos andaba el pensamiento de la madre, el de Juanita subía sublimándose por el dolor.

Era cosa que tocaba el alma verla sentada en el pavimento sobre una alfombra al pie del lecho de Robertín, interrumpiendo sus atenciones al niño para leer en un libro de tapas de concha perla y suspendiendo la lectura para atender al niño. En su carita seria y meditabunda se transparentaban sus sentimientos como en un espejo, y ora quedábase suspensa como si viera una visión deleitosa, ora se afligía, ora una sonrisa de satisfacción plegaba sus labios delgados como rojo cintillo.

Reproducía en su imaginación un cuadro de la vida que ha mucho tiempo llevaba en su alma: veía niñitas de su edad o poco más vestidas de blanco, coronadas de azahar, que, acompañadas de sus padres, iban a hacer la primera comunión y experimentaba una secreta envidia y una angustia hasta entonces no sentida; pero luego tomaba su rostro graciosa formalidad y placidez, pensando en si ella podría hacer como esas niñitas, pero sin padres que la escudaran, sin flores ni coronas, como en un desposorio fúnebre; ¿y qué? como una revelación luminosa, como si un haz de pensamientos informes, de ideas embrionarias hubiera de improviso adquirido su plenitud y sazón y abiertose y desgranádose a semejanza de apretados capullos de rosa a los rayos del sol, así abrió en su

alma un pensamiento sublime, un pensamiento que debe estar en la cúspide de todas las cosas, como la llama se encumbra sobre el haz de leña que consume: la idea del sacrificio.

En ella nacía espontáneamente y se formulaba en frase de compasión:

—¡Pobrecito!—decía, pegando su mejilla enfriada por las lágrimas a la ardorosa de Robertín—¡pobrecito!, quién pudiera aliviarte. ¡Si yo pudiera ponerme en tu lugar!

Y la idea crecía y abrumaba su débil cerebro.

¿Cómo hacerlo? En las explicaciones del catecismo que hacía cada domingo el párroco, y a las cuales Juanita solía asistir con el aya, había aprendido que el Padre Dios que está en los cielos concede cuanto le piden; y ésta y aquellas ideas se barajaban en su mente sin que por de pronto hallara la cadena que las unía.

* * *

La madre había concluído por dormirse con el alma llena de hermosas visiones con que aquel naciente amor ilegítimo empañaba el cristal de su vida.

Tarde era cuando se levantó. Robertín seguía siem-

pre mal; después de fatigoso sueño durante la siesta, volvía en la caída de la tarde al desasosiego y delirio. Se hizo llamar un médico que le dejó remedios y se quejó a la madre de que hubieran dejado crecer la fiebre que, en naturaleza tan débil, podía hacer grandes estragos.

Al lado de la cama de su hijo sintió la madre despertarse todos sus sentimientos de tal y experimentó agudo dolor por el olvido en que le había dejado y se acusó de haber sido la causa de su enfermedad.

En la noche se quedó ella en vela para cuidarlo. Robertín dormitaba fatigosamente y ella recostada en su sillón dejaba ir las ideas sumidas en perezoso enervamiento; pero luego se incorporó sobresaltada: el niño deliraba, y sus medias palabras debieron tener una revelación dolorosa para la madre, pues se puso de pie. Afirmada en los bordes del catre, los ojos abiertos, conteniendo apenas el aliento y sin poder contener el corazón que palpitaba con violencia, trataba de coordinar, reconstituyendo en toda su fuerza de expresión, aquellas palabras incoherentes del pequeño:

—¡Quítate—decía, moviendo los bracitos como si quisiera desasirse de alguien—no, . . . no te quiero . . . no te quiero . . . Mamá, . . . ese hombre . . . te to-

ma... la mano... no, ... no... no quiero... no la beses... tonto!

Y como si la angustia le oprimiera se le escapaban ahogados sollozos.

La madre se dejó caer en su sillón y, cubriéndose el rostro con entrambas manos, lloró en silencio.

Aquel inocente había visto y no había olvidado el atrevimiento de aquel hombre... ¿Atrevimiento? ¿No era ella la culpable? ¿No ocupaba, hoy más que nunca, sus pensamientos y su corazón? Caro pagaba aquellas primicias de amor. De esta suerte fueron sus pensamientos en aquellas horas lentas y dolorosas de la noche.

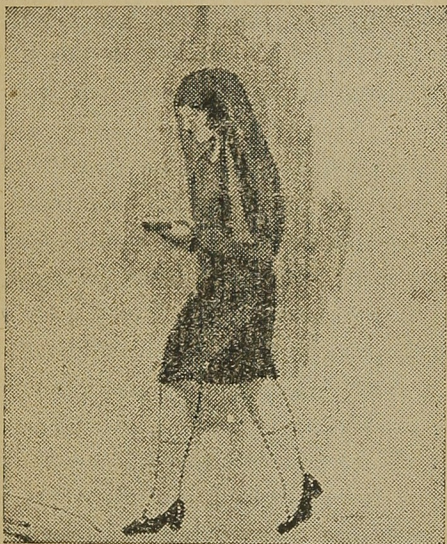
Muy avanzada estaba ya cuando se retiró a su alcoba, dejando al aya en su lugar.

* * *

Juanita despertó muy de madrugada, después de un sueño intranquilo. Su proyecto era tal que no cabía en su pecho; pero en medias palabras se lo confesó al aya que la miró entre asustada y enternecida y le prometió ayuda.

Levantóse a primera hora y arrebuja en su manto, se fué a la iglesia. Al ver aquella figurita cubierta

de negro manto, la faz pálida, los ojos lucientes y meditabundos, se la podía comparar a esas pequeñas golondrinas sorprendidas por las primeras rachas del



viento de invierno, al socaire de los tejados, en sus niditos de briznas y hierbas secas.

Muy tiernas sorpresas debió recibir el sacerdote cuando escuchó, antes que confesión, los destellos y encendidos afectos de bondad de aquella niña.

Poco quería, en verdad: depurarse, comulgar para obtener del Padre Dios que salvara a Robertín, pasándole a ella aquellos sufrimientos.

Hizo después su comunión, sola, perdida entre otras tantas mujeres, sin cánticos ni adornos, pero con tanta fe y humildad que más de una de las que la veían sintieron llenárseles los ojos de lágrimas de ternura.

¿Qué dijo al Padre Dios? En vano tentaron sus labios recordar las oraciones que solía rezar al acostarse, en vano pronunciar una frase coherente; sentía adentro como una plenitud de sentimientos que no sabía expresar, que le rebosaban por los ojos clavados en el altar. Sufrió un ligero desmayo; y al recobrase se halló tranquila y serena, llena de placer para ella extraño, entre grave e infantil.

—Ya está—se dijo—; vamos ahora ligerito.

Yo no sé lo que diría el médico, ni me importa; Juanita sabía por qué Robertín amaneció bueno y animado; y por qué, cuando ella entró a la alcoba, la llamó con cariño:

—Chanita, ¿por qué te fuiste?

Quiso echarle una mentirilla, pero se ruborizó sin saber por qué, contentándose con acariciar al niño.

La noche la sorprendió triste. ¿Por qué ella estaba

buena y no sufría lo que sufrió Roberto? ¿No le habría oído el Padre Dios?

Tales ideas la agitaban al acostarse y tuvo pena, mucha pena, al considerar que ni siquiera el Padre Dios le hacía caso. Se durmió con lágrimas en los ojos.

A la mañana siguiente, despertó a la suave presión de besos y caricias. Su madrastra, transformada, hermosa y radiante en sus transportes de cariño, la llamaba con tiernos epítetos. ¡Lo sabía todo, todo! y al decirlo, en sus ojos brillaban las lágrimas y el contento. Allá en el fondo de su alma, sentía rubor, la vergüenza de haber recibido tan hermosa lección de tan desdeñada criatura; pero dando al olvido sus devaneos, sentíase al presente madre feliz de dos hijos en vez de uno.

NUBILIDAD

Don Casto llamó a Eudocia y paternalmente le preguntó:

—¿Qué le pasa? Cuénteme.

Eudocia tenía en realidad una pequeña pena. Sabía que su madre, por cuanto afanara y sufriera, no podía remediar ciertas pobreza, no por tales, sino por estorbos para diligencias callejeras, en el diario ajetreo del vivir.

Don Casto merecía a su madre un cariño entusiasta y a la hija admiración mezclada de ternura, porque la madre recurría a él como a paño de lágrimas; y como era hombre maduro, pero conservado, limpio, oloroso y bueno a carta cabal (menos tratándose de cartas amorosas) a fuerza de conocerlo y penetrarlo, le fué queriendo en silencio, le admiraba y sentía deseos de servirle con abnegación y cuidarlo con ternura.

Pero de esto don Casto jamás traslució el menor indicio; más ella daba riendas suelta a sus sentimientos ante su hija; Eudocia creció en esta atmósfera de adoración a un hombre que ella apenas conocía.

Bordeaba los trece años cuando lo conoció. Fué él a su casa a ver a la madre. De buen cuerpo, vestido con cuidada corrección, perfumado y rapado; con decorosa gravedad, como temiendo disonar con lijereza y chocar con seriedad adusta; de amabilidad callada y algo temerosa, de ojos inquisidores, pequeños y vivos, de espíritu irónico y un tanto romántico de pura inclinación amorosa.

Eudocia lo vió, se turbó, se escabulló al interior, aguaitó por el ojo de la llave, entró a la salita para hacer una pregunta a su madre, mirando a hurtadillas a don Casto; sospechó que éste la medía con los ojos y como al desgaire parecía calcular el desarrollo del talle y la grosura de las pantorrillas; sintió un poco de rubor y un poco de satisfecha picardía, y se fué, sintiéndose seguida por la mirada investigadora e interesable de don Casto.

A través de la imagen adorable que ella llevaba en el pecho lo encontró digno de todo cariño y respeto. En esa edad de turbaciones y desvelos en que la imaginación amorosa se despierta y oleadas de ter-

nuras invaden el alma, y se sienten ganas de llorar y de reír, atracciones y desvíos, nerviosidades y ensañaciones, Eudocia sintió su corazón lleno de beatitud y confianza como si hubiera encontrado la persona en que reposar.

Imaginación de niña y no obstante, ¿hay algo más sincero y caluroso que esas ternuras que en la edad núbil despiertan, en un niño las matronas robustas y en una niña los hombres cuarentones bien tenidos y amables?

Ahora, por segunda vez, le veía llegar a su casa. Y estaba sola. Su madre había salido de compras.

Turbada e inquieta corrió hacia dentro como para ocultarse y luego volvió avergonzada de su torpeza; abrió la puerta del saloncito, lo invitó a sentarse y a esperar, con violentos deseos de escaparse y de quedarse. Don Casto, con amable sonrisa le tomó la mano, la retuvo cerca de sí, la miró complacido y cogiéndole la barbilla, le dijo:

—Es usted muy simpática; pero muy esquiva ¿no?

—Sí... no; siéntese, ya luego viene mi mamá.

Don Casto se sentó y preguntó a Eudocia por sus estudios, sus libros, sus maestras. Sintió la niña renacer la confianza; se fué acercando, poco a poco, se sentó vecina; le habló de su colegio, de sus estudios,

le contó originalidades de sus profesoras; rió don Casto, manifestó interés por sus progresos estudiantiles, la alentó a seguir la carrera de maestra, y se sintieron buenos amigos. Como hablaran de su madre, Eudocia expresó la pena de sus pobrezaas.

Don Casto la miró compasivo y luego le indicó que se acercara. Eudocia, algo inquieta, se puso de pie, la tomó él de una mano y trayéndola suavemente a sí, quiso sentarla en su regazo. Eudocia, tímida y cortada se sentó en las rodillas, pero él, rodeándola con el brazo, musitó:

—Siéntese bien, con confianza, no tenga miedo.—
Y la estrechó contra su cuerpo.

No sintió rubor la niña. Su cariño respetuoso y su inocencia la ponían a salvo de toda malicia, y sintiendo de golpe toda la contenida ternura de su alma, se abrazó de don Casto y soltó el llanto. Un poco turbado don Casto le decía:

—Tiene pena, mi hijita, ¿qué le pasa?, cuénteme. ¿No le merezco confianza?, ¿no me quiere?

Y ella, abandonada de sí misma, entregada a la ráfaga violenta de sus sentimientos y ternuras:

—Sí, lo quiero mucho, mucho, pero...

—Pero... ¿pero qué? yo la quiero sin reservas.

—Sí, sí; lo que usted quiera, lo que usted mande.

Y don Casto lanzó al suelo una mirada de abiertos ojos en que se mezclaban los fulgores de dulces sorpresas y de profunda pena.



¡A buena hora!, murmuró desconsolado; y dirigiéndose a ella:

—Gracias, gracias, niña—dijo—; yo también quiero ser todo tuyo. Sólo tu felicidad me interesa, sólo tú me preocupas.

Apretada a él y luego desasida, la cabeza inclinada, entre vergonzosa y audaz, entre amante y temerosa, Eudocia no se daba cuenta del alcance ni de sus palabras, ni de sus sentimientos. Don Casto, hablándole, la besaba en el cuello y en las mejillas, y, torciéndole un poco la cara, en la boca.

La niña sintió entonces calor en la cara y en la frente; y don Casto soliviantado, transportado a su vez, murmuraba al oído:

—Ten confianza en mí, plena confianza. Mi amor no te hará daño. Te quiero mucho desde que te vi para desearte daño alguno. Quiéreme sin reserva y seremos felices. ¡Natita linda, nuestro amor secreto será la gloria y tú podrás aspirar a casarte después.

Eudocia oía confusa, enternecida y asombrada. ¿Qué quería decirle? Don Casto seguía hablándole en un cuchicheo, sin darse cuenta, como en un rapto, mezclando epítetos cariñosos con declaraciones incomprensibles para la niña.

Y en la penumbra en que Eudocia, inclinada sobre el pecho de don Casto, abría los ojos llameantes y asombradizos, nada veía, nada columbraba que le aclarara el misterio de esas palabras; y sentía que aquella ráfaga de ternura que la arrastraba hasta él en ímpetu irresistible, que aun la mantenía sentada

sobre aquellas rodillas para ella venerables, se enfriaba y el calor le iba pasando del corazón a la cara.

—Pero ¿qué quiere decir?—murmuró ella.

—¿Puedo tener confianza? No, un día en que estemos seguros de estar solos o cuando tú puedas salir para juntarnos en algún sitio reservado. Entonces, ¿no?

Eudocia trató de desasirse suavemente, desligarse de aquellos brazos que la oprimían. Al descuido le miró los ojos y al ver en ellos una chispa de lascivia, un fulgor ofensivo e hiriente, sintió miedo y temor de enojarlo.

—¡Un momentito . . . déjeme . . . no vaya a venir mi mamá!

Y deslizándose salió, al fin, de las rodillas; y ya en pie, encendida, avergonzada, pero temerosa de ofender al hombre a quien tanto respetaba, y que ya no quería, le decía con voz remisa:

—Yo creo que ya viene mi mamá . . . después hablaremos . . . no entiendo lo que quiere . . . un momentito ¿no? . . . ya vuelvo.

Tomó la puerta y repitiéndole “ya vuelvo” salió al patio y corrió al interior. En un lavabo se mojó la cara encendida, y aunque se devanaba los sesos, no

lograba entender lo que había pasado y lo que don Casto quería.

Intertanto, sonaron golpes a la puerta: la madre llegaba.

* * *

Fué para Eudocia aquella noche una noche tormentosa y decisiva. Bajo los corbertores de su lecho, sus ojos muy abiertos relucían afiebrados. Como la ola que, al retirarse, descubre el farellón y luego volviendo con ímpetu, lo invade, tapa y engalana con encajes de espumas irisadas, sus sentimientos tumultuosos cubrieron la confusa desilusión de la tarde y la empenacharon de fantasías.

Vagaba su espíritu en paisajes de nieblas, entre dormida y despierta, en este estado impreciso en que los sueños toman relieves de realidad y las imaginaciones los contornos vagos y audaces del sueño.

En sus visiones aparecía don Casto como insuflado de juventud, de mejillas sonrosadas, de mirar tierno, de movimientos ágiles, de continente enamorado y sumiso; y luego, su imaginación le montaba en brioso corcel de flotantes crines, y con airoso ademán la raptaba, la montaba a la grupa, como ella había leído

en revistas infantiles, y con suavidad de águila que planea, la llevaba sobre un paisaje maravilloso a un país lejano, hundido en ligera bruma, de la cual en una cumbre emergía un castillo, cuyas elevadas torres doraba el sol; y Eudocia enervada, se hundía en penumbras de deliciosa languidez.

Y luego se veía abandonada al pie de enormes cerros pedregosos, en resonante soledad, y lloraba, lloraba largamente, metida la cabeza entre los brazos cruzados sobre el pecho.

Mientras su espíritu subía y bajaba por tales sendas floridas y abruptos despeñaderos, su sangre, como siguiendo el ritmo de su imaginación, ahora se agolpaba en su rostro que encendía la fiebre, ahora se iba y le dejaba la sensación de frío mortal.

En un instante se calmó. Se aquietó su sangre y una tranquilidad sedante la invadió. La edad hizo crisis. Había terminado la niñez y como de un capullo sangriento salía la mujer; y en los ojos calmados, pero abiertos, empezaron a irradiar suavemente y como en atisbos, la rectitud y la malicia, el pudor y la coquetería, el decoro y la audacia, la intuición y la ignorancia que se conoce. Volaron sus imaginaciones como bandadas de palomas que se van, con rumor de seda, a otro palomar; y se durmió muellemente.

El sol lucía cuando se despertó; parecióle una luz nueva que alumbraba mejor y diseñaba con más precisión el contorno de las cosas.

En la escuela ¿no le pareció que maestras y condiscípulas tenían más expresión en los rostros y que mil impresiones fugitivas, que antes no viera, ahora le eran patentes, leyendo en ellas mil intenciones y significados, como detalles de un dibujo antes entrevisto en total? Y observando, observando se pasó el día.

A la inquietud sobresaltada sucedió la calma; al fervor tumultuoso de sus sentimientos, sensación de plenitud; a sus inflamadas imaginaciones, serena percepción de la realidad; a sus risas y llantos sin causa, el goce tranquilo del vivir; y sobre esta paz, como un halo de luz suave, alegre confianza.

Cuando tres días después, don Casto (¡cosa inusitada!) vino a la casa a ver a la madre de Eudocia, le sorprendió el amable aplomo con que ésta lo recibió, le dió la mano y le invitó a pasar a la salita, a sentarse y esperar:

—Voy a dar parte a mi mamá—le dijo, y tomó la puerta.

—¡Eudocita!—musitó don Casto; pero la chica, de un brinco escapó a sus manos diligentes.

Vino la madre, sorprendida de tan agradable visi-

ta. Don Casto la justificó diciéndole que había oído o leído que los exámenes de las escuelas iban a ser muy estrictos para reducir el número de postulantes a maestras y . . . temía por Eudocia. El temor llenó de dulce fruición el alma de la madre: ¡había quien se preocupara de la suerte de su pobre hija!

La llamó. Eudocia expresó que no tenía temor alguno. Hablaba con viveza, con ojos expresivos, con un gentil fruncimiento de la boca; y don Casto la miraba embobado. La madre, en tanto, pensaba en qué servir a su visitante y recordó que tenía manjar blanco.

Salió a traerlo y don Casto, que esperaba afanoso la ocasión, hizo un gesto a Eudocia para que se acercara, se sentara en sus rodillas y recomenzaran la escena anterior.

Le cayó tan de nuevas a Eudocia la indicación, le pareció tan risible la expresión de ternura en aquel rostro de viejo conservado y el fulgor lascivo de sus ojillos vivaces, que dijo sonreída:

—¡Pero si no soy chiquilla, señor!

Y tal fué el doloroso asombro de don Casto que Eudocia sintió pena de haberlo herido y añadió, como respondiendo a muda interrogación:

—Mi mamá lo quiere mucho y yo . . . yo también.

—Bueno; pero venga, mi hijita; ¿ya se le olvidó lo que habíamos convenido?, ¿no sabe que yo la quiero con todo mi corazón y que estoy dispuesto a todo por usted?

—Nosotras estamos muy agradecidas, señor; también haremos cualquier sacrificio por servirlo.

—No se trata de eso, niña. ¡Vamos! es otra clase de cariño; tú lo comprendes, tú lo sabes muy bien. ¡Ven, linda, ven!

—Pero, don Casto, usted es una persona seria y yo... yo soy una chiquilla.

—Mira, no soy tan viejo como te parece; y después de todo, yo te quiero, tú me quieres y podemos ser felices. Te daré todo lo que necesitas. No, ningún joven puede darte la felicidad que yo puedo. Ven, chinita; acércate. ¡Ligero, ligerito, dame un beso!

¿Qué diabólica inspiración brilló como chispa en los ojos de Eudocia que le iluminó la cara? Ello fué que don Casto se puso de pie, y tendiendo los brazos quiso cogerla; y ella, rápida como una ardilla, se escabulló y yendo a una mesa, tomó un espejillo que lucía sobre un trípode y poniéndoselo a la altura del rostro, díjole picaresca:

—¿No se ha mirado nunca en el espejo?

Don Casto cayó sobre su asiento e inclinó la cabeza anonadado.

A tiempo entraba la madre de Eudocia trayendo sobre una bandeja un platillo de dulce, otro de galletas y un vaso de agua; y la chica, avergonzada y arrepentida de su crueldad, quitó la bandeja a su madre y presentándola a don Casto, le dijo mimosa:

—¡Señor, tenga la bondad; es un dulce hecho por mí, muy rico y . . . perdóneme!—añadió en un susurro.

Don Casto levantó la cabeza. ¿Fué maligna suposición de Eudocia o realidad, que había envejecido, que la tersa rubicundez de sus mejillas habíase borrado, y marchitado la mirada vivaz? Es posible.

Probó el dulce, en silencio lo devolvió a la madre que embebecida se mantenía de pie y despidiéndose, dijo pugnando por sonreír.

—Mucho me alegro que Eudocita no corra peligro de fracasar.

Y añadió sonriendo, pero con amargo dejo de tristeza:

—Los viejos nos ponemos un poco aprensivos y visionarios.

Y en la calle completó su pensamiento: ¡Creo que, efectivamente, me estoy poniendo viejo!

SUEÑO Y REALIDAD

Sobre la mesa, un quinqué, con pantalla de porcelana; a su vera, un libro abierto erizado de fórmulas matemáticas, e inclinado sobre él, los ojos enrojecidos, la mirada cansada, los brazos péndulos, Pepe Cortés. Debe repetir el examen de álgebra para optar al bachillerato. En seguida irá a la Universidad. Su tío, su protector, después de muertos sus padres, se lo ha prometido. Si falla deberá emplearse, ganar su pan.

—Mirá, Pepe—le había dicho su tío hacía poco— si vos estudiáis y te recibís, echo la casa por la ventana para que tengáis carrera. Pero si te echáis al monte, si te perdís, ¡a trabajar!, a ganarte como yo, con el sudor de la frente, el pan de cada día. Ya veis como trabajo yo desde que Dios echa sus luces hasta que anochece. La vida es dura, mi amigo, y hay que apachugar con ella.

Pepe, la cabeza inclinada, asentía. Sí; estudiar,

aprovechar los años mozos; salir del poblacho e ir a Santiago, la ciudad de las luces, las eminencias, la vida excelsa; y una carrera, la vida abundosa, la gloria. Pepe, de pie en su cuarto, ante su mesilla de estudiante y el catre de madera y colcha blanca, soñaba en ese algo indefinible e inasible, la gloria; y en ese otro algo, macizo y cimentado, la fortuna.

El tío tenía razón. Pero ese endiablado embolismo de las ecuaciones no le podía entrar en la cabeza. En historia no había andado mal; en gramática y literatura, bien; pero en química e historia natural había pasado apenas. Solía hacer versos, de un lirismo desbordado e inconexo; eran como la resaca de la interior tempestad sentimental que le sacudía. Porque los sentimientos imprecisos brotaban en él como de un manantial fervoroso, un vertedero de estrecha boca de que el agua salía a borbotones, espumante y despilfarrada.

Había llegado a los 18 años, la zona tórrida de la vida. Un ansia intensa ora lo impulsaba a una actividad física impetuosa, a trabajos pesados y aniquiladores, ora a lacios abandonos en que abría el ventanillo de sus ambiciones y divagaba ensimismado por floridos caminos de amor y de fortuna. Luego sacudía la modorra del ensueño, como quien tira lejos la

capa pinturera de un rey de farándula, y se iba sobre los libros y cuadernos. ¡A estudiar!

Mientras más intensificaba su afán de entender, más parecía tupírsele el entendimiento; y de entre las ya confusas fórmulas surgían, brillantes y acariciadores, unos ojos negros como granos de uva madura que le embebecían. Y entrecerrando los ojos fatigados aprisionaba en ellos la imagen aquietadora.

Pertenecían a Medelí, la hija única del notario; una morenilla de piel limpia y clara, de cuerpo bien modelado y andar cadencioso; muy devota y de ideas precisas y realistas sobre el hombre que aceptaría por esposo. Vivía en la misma calle, en el camino de Pepe al liceo; había reparado en las miradas codiciosas y tímidas del mozo y su alma se había complacido. Ese estudiante puntual y serio, algo pacato y encogido prometía ser un hombre de provecho; y la diaria observación se fué tornando en viva simpatía.

Lo atisbaba, levantando discretamente el visillo floreado de amarillo en fondo negro de su ventana; lo veía en las mañanas del domingo a la salida de la misa parroquial, y en la plaza, durante la retreta de la tarde; y una muda correspondencia de miradas cargadas de efluvio se estableció entre ambos.

Ahora, en este fin de año, en primavera florida,

como los troncos añosos se hinchaban al paso de la savia y reventaban en hojas y flores, por los nervios tensos de Pepe corría la energía, por sus venas fluía apresurada la sangre, oleadas de vida lo sacudían y sus pensamientos surgían vivaces y coloreados de pasión.

Había llovido durante el invierno y la tierra agradecida estallaba en flores. La colina de Tuquí esplendía tapizada de ñañaucas, alelíos y cardos; bandadas de diucas, lloicas y tordos se abatían sobre los maizales y trigales del valle; en los patios y jardines caseros se abrían y desflocaban los claveles de onza, rojeaban geranios y amapolas, y los retamos se envolvían en manto de oro; y en el fondo del valle, el Limarí distendía en morosa lentitud sus ondas claras y sesteaba soñoliento al zumbido de insectos voladores, bajo los sauces del remanso frente a la Chimba.

Una tarde de domingo, el libro bajo el brazo, subió al cerro. Quería estudiar tendido sobre la blanda alfombra de las ñañaucas. Grupos de gente de claros trajes domingueros encendían aquí y allá fogatas en que asaban al palo cabritos recientes y en las brasas, quesos de cabra, mientras escanciaban de odres de chivo en mates pirograbados el vino de Elqui; otras tejían la cueca minera al compás de la vihuela; pelo-

tones de muchachos encumbraban volantines de formas y tamaños variados y se enredaban en arduas comisiones; y los cabros saltarines trepaban por las cercas de piedra. La vida exultaba en los hombres y la naturaleza.

El libro ocioso y abandonado, Pepe absorbía luz y efluvios e insuflaba el pecho de ansias imprecisas y anhelos inefables.

—Quién me diera—se decía— las alas del zorzal para remontar la corriente del Limarí y sobre el maizal ondulante trinar, libre de estudios, afanes y pobreza! ¡Y en la mañana clara, y en la siesta enervante y en la tarde soñadora, enrojecido por el sol, volar sobre los campos fecundos que ofrecen sin regateo, alimento, lecho y amor!

—¡Vamos!—se dijo—me abandono a los sueños. La vida, la felicidad están aquí en estos libros. Estudiar, aprender, titularse; y luego trabajar, la vida plena, el hogar y (los ojos bajos y algo ruborizado) . . . Medelí, como reina y señora.

Fué admitido al examen. Salió mal. Había estudiado y edificado fantasías, y todo se derrumbó de golpe. Una sombría desesperanza se aposentó en su alma.

—Mi amigo—le dijo su tío—no le queda otro ca-

mino que el empleo. Tenís buena letra y no sois tonto. Conciértate con un abogado. Hay que ganarse el pan.

Lo admitió don Cosme, abogado ladino, que sabía barajar los artículos del Código con tanta habilidad como los naipes cuando jugaba la brisca en las noches. Le pagaba por planas, a dos reales cada una; y Pepe fué instintivamente espaciando las letras y alargando las palabras. De sus altos sueños bajó a esta sórdida lucha por el centavo.

En la miseria moral en que se debatía, le quedaba un consuelo estimulante en el pololeo con la niña de los ojos negros como uva madura; y todas las tardes veía con íntimo contento levantarse el visillo floreado y lucir en la penumbra dos ojos lucientes como estrellas; y con su fulgor envolvía en un nimbo los restos de sus descalabradas ambiciones.

Un fin de mes, otros amanuenses de juzgado lo llevaron a jugar billar. Sobre la mesa de verde tapete, una lámpara colgante con ancha pantalla de latón pintado; y adosadas al muro cuatro sillas claudicantes y una mesa con copas y botellas de chicha y aguardiente de Elqui: era todo el menaje. La partida, lánguida en el comienzo, se fué animando a medida que bajaba el líquido en las botellas; y dichos van, bro-

mas vienen, encendidos los ánimos y como brasas las palabras, estuvo a punto de que dos se fueran a las manos, si no interviene el más autorizado que propuso una reconciliación en casa de cena y bailoteo.

No hemos de seguir al pobre Pepe por estos despeñaderos morales. Con desgano al principio, con un dejo de repugnancia tras cada copa vaciada, con viva sensación de cansancio después de una polka sensual y sacudida como un ejercicio de gimnasia, fué animándose. Sangre moza y ferviente, carne fresca y vibrátil como una sensitiva, espíritu dúctil y vivo, entró al fin en el tren de la carrera del placer, y fué alegre, dicharachero y payaso con admirable espontaneidad. Sólo un instante, una sombra cayó sobre su frente y fué el recuerdo de la niña del balcón con visillos floreados; recuerdo acusador que sofocó lanzándose al baile loco y al trago sin medida.

Quebraban los albores, como efluvios fugitivos sobre un cielo de añil, cuando acordaron retirarse los contertulios, y el sol estaba alto cuando Pepe abandonó la casa. Picaba el frescor de la mañana y soplabá una brisa leve que esparcía el perfume de los jardines caseros; Pepe se levantó el cuello de la chaqueta. La luz hería sus ojos cansados con el alumbrado de parafina y velas de sebo: se echó el sombrero

sobre los ojos: Se sentía lacio, se daba vaga cuenta de que sus pasos eran inseguros sobre las aceras de morrillos y de que su cabeza estaba como vacía y era leve como un globo de goma inflado. Sí; era así. Te-



nía los ojos hinchados y enrojecidos, la boca seca, las ropas mal ajustadas, y el paso torpe.

La campana de la parroquia tocaba las señas de la misa mañanera y el coro de las diucas y chincoles

atronaba en los árboles de la plaza. Sirvientes con sus canastos iban a la recova, otras barrían el frente de las casas levantando nubes de polvo y niñas y señoras madrugadoras, envueltas en el mantón ceñido en el cuello y la cintura, se encaminaban al templo. Alguna añosa matrona, con paso tardo, era seguida por la chinita núbil que llevaba la silla plegadiza de madera y junco.

Cuando Pepe se abocaba a la plaza para tomar su calle, pasaba por la acera del frente Medelí, muy enfundada en su manto, alfombra al brazo y libro de oraciones en la mano; y en un instante, las miradas de Pepe y Medelí se cruzaron y chocaron, duras las de ellas, avergonzadas las de él. Pepe se encogió, anheloso de que la tierra se lo tragara y desapareciera; ella se irguió en un arrebató de orgullo herido, volteó la cabeza con desprecio y afirmó el paso remiso.

—Desvergonzado — murmuró—; ¡uno de tantos!

Pepe, un instante parado como inconsciente, echó a andar ligero, a tropezones.

DEJAME

—¿Por qué te fijaste en mí? ¿Por qué te quiero? Mi vida es un martirio. Aborrezco lo que antes era, si no mi dicha, las prendas de mi tranquilidad. ¿Por qué? ¿Por qué?

—Porque el amor ha descendido sobre tu alma. ¿Para qué luchas contra él? Dulce criatura, si te quiero, si me quieres, ¿para qué esta desgarradora rebelión en que tú y yo seremos igualmente víctimas?

Me miró con sus ojos pardos en que radiaba tristemente la pasión y apoyó su cabeza en mi hombro.

Bajábamos lentamente, como engañando el tiempo, la escalinata del cerro artificial del Parque Cousiño. Los árboles y macizos de cañas susurrantes, ora quedos y silenciosos, nos daban transparente sombra. Por entre el ramaje irradiaba un crepúsculo de oro fundido.

—Tú no me quieres como yo a ti—susurró a mi

oído.—Para ti yo soy un deseo, un capricho, uno de tantos que habrás tenido. ¡Para mí!...

Le cerré la boca con un beso.

—No murmures. Soy ante todo sincero y la pasión me atormenta. Sinttiéndote cerca de mí, experimento una angustiosa inquietud; el soplo de tu aliento me turba, tus miradas...

Y me cerró la boca con un largo beso.

—No sigas, no sigas. Eres todo carne, y yo te quiero, te quiero solamente, pero mucho. Mis días son amargos, llenos de zozobras. Me parece que me van a conocer este amor y ando huyendo de mí misma y de los demás. ¡Es terrible!

Levantó la cabeza. Cruzábamos el puente de piedra sobre un lecho seco en que brillaban, heridas por la luz del crepúsculo, hojas amarillas, en que moría un viento frío.

—Tú no eres el mismo que yo conocía. Te tenía por un hombre serio, muy serio, ensimismado en pensamientos hondos. Tenía siempre miedo de hablarte; creía que todo lo que pudiera decirte serían tonterías que te harían reír a mi costa. Y me eras indiferente. Ahora, cuando te nombro siento que suenan las letras de un modo diferente, y me detengo, porque me parece que lo pronuncio muy fuerte o muy despacio, sila-

beando. Y si los demás te nombran, me vuelvo como si me llamaran. ¿Y qué es esto, dime, qué es esto, tú que debes saberlo?

—Amor, a lo que entiendo; amor, si lo sientes como lo siento yo. Mira, Mechunga, el horizonte como un incendio. En mi alma también hay llamas que te envolverían como en un manto de púrpura.

—¡Es hermoso!, pero tú no sientes lo que dices. Te burlas de mí, te burlas.

Y un quejido se anudó en su garganta:

—Mechunga, yo no me burlo. ¿Por qué lo crees? Son viejos resabios de poeta caduco que ama el crepúsculo, porque anuncia la noche de misterios... de misterios de amor, de almas que se funden en una sombra relampagueante, de cuerpos que se entrelazan en espasmos, de bocas que se buscan palpándose...

—Calla, calla, por favor. ¿Por qué hablas esas cosas? Es que no me quieres, si no me guardas miramientos.

—Es la pasión que me sacude como el viento esos árboles. Mira, ¡qué extrañas ideas te cruzan la mente! Yo te quiero como hombre, con cuerpo y alma todo junto, con mis cinco sentidos y potencias.

—Sí, así debe ser. No, no, no es así; como yo te quiero; embebiéndome en tus ojos, uniendo nuestras

almas en un beso, nada más, nada más. Y tengo miedo de ti. Quiero huir de ti, y no puedo. ¿Qué poder tienes sobre mí que no sé decirte que no, aunque mi



alma se rebele y mi conciencia se oponga? ¡Por favor, Juan, déjame, olvídame! No, eso no; pero déjame, ayúdame tú a no caer. ¡Tú eres fuerte, tú eres hombre!

* * *

Subimos al coche que nos aguardaba. La tierra reblandecida por la última lluvia apagaba el ruido del coche al rodar y le daba muelle suavidad. Los árboles de la avenida desfilaban con sus claros refulgentes por el crepúsculo. Rodeando su talle con mi brazo, su cabeza sobre mi hombro, mi cara pegada a la suya, cálida y sonrosada, me sentía como en un sueño, arrastrado fuera del mundo conocido, por tierras ignotas y lejanas, en un tiempo indefinido. Habría pasado así eternamente.

Una brusca sacudida, un áspero rodar sobre las piedras me trajeron a la realidad. A mi lado estaba aquel cuerpo ardoroso que vibraba estremecido, aquel rostro embellecido por la pasión, aureolado de esplendor llameante, aquellos ojos lucientes que se posaban en los míos como una caricia.

El remordimiento me flageló el corazón. El beso aquél que le robé en un descuido, arrebatado por la cálida entonación de su rostro casi infantil, fué como una chispa sobre combustible; fué para ella como una revelación del mundo pasional. Era joven y ahora amaba por la vez primera.

Con la sacudida se irguió; miróme complacida y cogiéndome la cabeza a dos manos, me sonrió con sus ojos brillantes.

—¡Eres muy simpático—dijo—y las mujeres deben quererte mucho! ¡Estás, sin duda, acostumbrado a que te quieran! Dime la verdad. Quiero saberla. ¿Es así?

—No, no es sí. Eres tú sola mi amor. ¡Ah!, pero ha de ser un amor completo. Meche, ahora ¿no es verdad?

—Ahora ¿qué?

—Ahora, . . . el coche nos llevará.

—¡No, jamás! Juan, me ofendes. Jamás, te digo. No insistas, que me das pena. ¿Qué te has imaginado? Nunca . . . para turbar mi vida basta con esto. Y es demasiado, ¡Dios mío! Yo sufro mucho. ¿Por qué eres así, tan distinto de mí?

—Vamos, por que soy así. Te ruego, linda, sé complaciente.

—¡Jamás! Mira, hazme el favor de decir al cochero que tire a Santo Domingo, al templo.

—¿A Santo Domingo?

—Sí, te ruego, te suplico por lo que más quieras, Juan, por favor.

—¡Qué capricho! Bien, serás servida.

—¡Gracias, mi amor, gracias! Juan, óyeme. Yo me siento feliz con verte, con oírte; y esta felicidad fugitiva me cuesta muy caro. Soy una loca; tú amor es un veneno que turba mi alma y mis sentidos. Tengo miedo de ti y de mí; miedo de todo. Te temo y te busco. Todo lo demás, mi casa, mis hermanos, se van alejando de mí, quedando atrás como si un tren me llevara lejos de ellos. La distancia y el frío van espesándose entre ellos y yo. Y esto es horrible; es un delito, es un crimen que Dios no perdona.

—Niña, niña, estás predicando un sermón a un pecador viejo. ¿Qué delito es quererse?

—Quererse... no, tal vez, no; pero lo demás, sí. Mira, es mejor que esto termine. ¿Qué va a ser de mí? Dios mío, pierdo la cabeza.

Mis besos la estremecían y su exaltación aumentaba.

—No quiero, no quiero. Eres malo y esa risa burlesca me hiere. Ríe, ríe para aborrecerte; tu risa es diabólica; es como el agua fría. Déjame, por favor. No sé de mí. Quiero llorar, quiero reír, quiero rezar. Sí, esto calmará esta angustia. Adiós, Juan, adiós para siempre. ¡Para siempre! qué palabra tan extraña, que deja un vacío tan grande. Para siempre no, no puede ser. Moriría de pena.

Y lloraba convulsivamente; se abrazó a mí vibrante y ardorosa, las mejillas humedecidas, los ojos engrandecidos en la sombra del carruaje.

Llegamos. Me besó fuertemente y ¡adiós!, murmuró con voz ronca. Bajamos. Entró en el templo. Afir-
mado en una columna, veía entre las sombras que espesaban la silueta de su cabeza inclinada. Largo rato estuvo así. Yo pensaba: nerviosidades de mujer; volverá; será mía.

Y, pese a mi presunción de viejo Don Juan, no fué así.

Se irguió lentamente; avanzó con pasos quedos; se puso el sombrero sin mirarme; salió con los ojos húmedos puestos en el cielo.

—Acompáñame.

—Mechunga, no te entiendo. Gustas en hacer sufrir. Ya me tienes todo atormentado y contrito. Gózate, pues.

—Juan—dijo lentamente, como para asegurar la voz, con triste solemnidad—; olvida lo pasado, ha sido locura. Te prohibo verme, te prohibo ir a mi casa... Si alguna vez te llamara yo, prométeme que no me harás caso; si llegaras a recibir un papel mío, rómpelo y no lo creas. Pero yo no te llamaré, yo no te escribiré ¿sabes? No lo haré, no quiero hacerlo.

Entre tú y yo se interpone mi deber; está Dios que todo lo ve.

—Bueno.

—¿No me crees? ¡Adiós (y me tendió la mano sin mirar), adiós para siempre!

Y rápidamente se alejó, cruzó la calle y subió al tranvía que pasaba.

Había ya obscurecido. Empezaban a salir aquí y allá estrellas pálidas y dulces como una mirada de pena.

—¡Ah, me dije, cosas de mujer! Me detuve sorprendido; había hablado fuerte y sentí mi voz como un eco que repercute en una pieza vacía. Experimenté la amarga sensación de las horas que mueren sobre el corazón, como hojas amarillas que caen.

RETRIBUCION

—Señor, una señora.

—¿Una señora? Que pase.

Me sorprendí. ¿Una señora? Días, días muy largos, habían pasado desde que, recluso en mi escritorio, inmóviles y empolvados los libros, la pluma enmohecida, vivía mascullando mi desgracia con amarga fruición. Sobre la escribanía se amontonaban cartas y tarjetas de luto, muchas sin abrir.

En el vano de la puerta se perfiló la silueta de una mujer de negro casquete de seda que enmarcaba un rostro blanco y rosado en que lucían como esmeraldas dos ojos verdes.

—Tenga la bondad—le dije, señalando una silla.

—Usted ya no me conoce—dijo con voz remisa.

—Hace tantos años; tampoco yo le habría conocido.

—¿Su nombre?

—Laura García . . . de Gómez.

—Es verdad, hace ya muchos años. Era usted una niña; yo, joven entonces, hoy caduco.

—No, joven, todavía . . . ¿Acaso estoy yo vieja?

—Debe ser usted feliz, señora. La desgracia envejece, la lucha agota.

—Sí, soy feliz; y por lo mismo, al saber su desgracia y que usted ha quedado solo, he venido a manifestarle, por si le fuera un consuelo, la simpatía, más aún, el agradecimiento, nunca olvidado, que le guardo. Me hizo usted un servicio tan grande, que por él soy ahora feliz, tengo un hogar y cuatro hijos que son mi encanto y mi alegría.

La miré asombrado. No tenía conciencia de tal servicio. Mi memoria me retraía veinte años atrás, cuando era un modesto secretario de una modesta Alcaldía de villorrio y ella, una hermosísima niña de dieciocho o más años, pasados en un colegio de monjas, y que ahora esperaba en su casa-quinta, a la sombra de añosos árboles, al príncipe seductor que la llevara al altar y al mundo engalanado. Inocente, tímida, llena de miedo al hombre y sin más guía y amparo que su madre, semitullida por la obesidad y la molicie, esperaba y temía, soñaba y temblaba al fingirse la realidad, acaso más cruda de lo que la presentía. Sin embargo, soñaba que vivía.

Así la veía o la imaginaba yo, desde mi humildad de modesto empleado a los treinta años y con la conciencia viva de ser un fracasado, caído lentamente cuesta abajo desde la altura de mis sueños juveniles. Y nada más.

—¿Un servicio?

—¡Ah! Usted no se da cuenta. Un servicio que tengo siempre en la memoria. ¿No se acuerda de mi tío... Matías?

—Sí; era mi patrón entonces, el señor Alcalde.

—¡Y... mi enamorado!

—¡Ah! ya. Así era. La perseguía a usted, la asediaba. ¡Claro!, era su tío y podía entrar en la casa, y salir, y volver. Lo recuerdo. Créame que me era muy pesado. Con su cachaza de hacendado cuarentón, su prosopopeya de Alcalde, su tiranía de marido y su insolente despreocupación de patrón, me era odioso. Perdón, por la franqueza.

—¿Y qué le diré yo? Su persecución amorosa me tenía desesperada. Estaba sola en el mundo. Un día me atreví, en mi desolación, a insinuar a mi madre la conducta del tío; y lo tomó en chungu, hizo risa de mis temores y me dijo que... debía ser respetuosa y condescendiente con mi tío, que era bromista y nada más.

¡Ah! lo que entonces sufrí no es para contado. Hoy que soy ya mujer madura, que soy madre, que tengo experiencia de la vida, tiemblo al recordarlo y me doy cuenta del inmenso servicio que usted me hizo al comprender mi situación y darme ánimos. . . Sin eso, habría sucumbido. ¿Se acuerda usted de aquella tarde de domingo en que, en el colmo de la desesperación y la inconsciencia, buscando un amparo, le hablé y . . . ¡me da vergüenza decirlo!

—Sí, me acuerdo. Usted, desalada, como huyendo de un peligro inminente, se llegó a mí que esperaba en el corredor de su casa al señor Alcalde, y me dijo con el pánico en la mirada: “¡Yo no quiero!, ¡no quiero! ¡Sáqueme usted de aquí, lléveme; seré suya antes que de ese hombre!”

—Y usted, con una generosidad que aun me conmueve, me dijo con energía, con decisión que me dió el valor que nunca había tenido: “Ni de mí, ni de nadie, sino del que será su marido; defiéndase, tenga valor, haga cualquier barbaridad, arme un escándalo, pero no ceda”. Lo oí, lo oigo todavía; veo su mirada ardiente, su gesto resuelto y yo tuve valor y confianza. Ya no me sentí sola. Entonces, como mi tío venía tras de mí, me metí a mi cuarto y lo cerré por dentro.

—Y yo me quedé sentado, haciéndome el desentendido, cuando el señor Alcalde—perdón, para mí era nada más que el señor Alcalde—llegó azorado, los ✓



ojos chispeantes y fugitivos, las mejillas inflamadas, y al verme, me dijo con voz ronca:

—Y usted ¿qué hace aquí?

—Vine a verlo, porque don Primitivo Troncoso quiere pagar ahora sus contribuciones.

—¡No había de ser él, ese imbécil!—exclamó iracundo. Y agregó:

—Váyase a la Alcaldía y espéreme. Pero ¿dónde se ha metido mi sobrina? ¿Dónde? Usted la ha visto.

Estuve a punto de decir que no; pero, por jugarle una trastada, contesté:

—La divisé pasar corriendo hacia el fondo; entró al huerto.

—Bueno, váyase.

Más allá del extenso parque, cerrado por altos muros, estaba el huerto frutal; una puertecilla daba paso a él. ¡Ah!, recuerdo perfectamente la casa de usted, un envidiable asilo de paz.

El señor Alcalde se echó el sombrero al ojo y a largas zancadas se encaminó al huerto. Allí esperaba, sin duda, en sitio tan solitario y vasto, coger la paloma fugitiva. No habría dado cuatro zancadas, cuando volvió la cara al corredor y me gritó iracundo:

—¿Qué hace ahí como un tonto? Váyase y espéreme.

Y se plantó hasta que vió que yo salía y trasponía la verja de hierro que daba a la calle. Volví la mirada y lo vi azorado, andando como si tuviera alas en los pies, hacia el huerto solitario.

—Y yo, encerrada en mi pieza, oía anhelosa sus

voces, y la jugada que usted le hizo me iluminó. ¿Por qué no hacerle yo una que acabara con sus persecuciones? Usted me gritó que tuviera valor y lo tuve.

—No supe. Aunque tenía necesidad del empleo, me sublevé. No lo esperé en la Alcaldía y al día siguiente renuncié y me vine a Santiago a buscar fortuna.

—Y la tuvo. He seguido de lejos su carrera y celebrado sus triunfos de escritor. Bueno, le contaré lo que hice. Como un relámpago, una idea me iluminó; y ya concebida, tranquila, pasé a la pieza de mi madre, cuando llegó mi tío enamorado, furioso, el sombrero hasta los ojos, sombrío y tartamudo.

—¡Ah— exclamó— estabas aquí! Este imbécil me dijo que habías entrado al huerto.

—Vería a otra persona, tío; no se enoje.

—¿Qué te pasa, Matías?—le preguntó mi madre con esa bonhonia y suavidad que le eran propias.

—Nada, mujer; que ese bribón se ha burlado de mí. Bueno, como te veo bien, me voy. Anda tú a abrirme la puerta.

Y fui.

—¿Te quieres burlar de mí?—me dijo.—¿Te has complotado con ese mequetrefe para reírte a mi costa?

—No, tío; ¿cómo se le ocurre?

—Bueno, entonces; mañana sí.

—¿Mañana, de día? No. Venga mejor esta noche, después de las diez. La verja quedará abierta.

No sé cómo tuve tanto valor y sangre fría. Después de comida llamé a Pedro, el hortelano. El cuidaba el huerto, los jardines y a Leal, el perro bravo, que pasaba amarrado todo el día y no conocía sino a Pedro. Le dije que tenía miedo, que unas amigas me habían asegurado que algunos rateros rondaban la quinta; que trajese a Leal sin quitarle la cadena y que esperásemos en el corredor desde las diez hasta las doce. El viejo Pedro lo hizo así. Cuando poco después de las diez sentimos que se abría la verja y un bulto se encaminaba a la casa, le hice una señal a Pedro y soltó a Leal.

A mí me dió un susto tan grande, que corrí a mi pieza y me encerré anhelante. Sentí gritos, trajines, llamados al perro, voces en sordina. Mucho después sentí que cerraban la verja y me asomé. Era Pedro que volvía.

—¿Qué pasó?

—Bueno la hemos hecho, señorita. Era el patrón don Matías; apenas se lo pude quitar a Leal, que le mordió las piernas, le desgarró la ropa y si no se lo quito, lo mata.

—¡Por Dios, Pedro!; pero ¿en qué andaba a estas horas el tío Matías?

—¡Hum! en nada bueno, pues, señorita.

¿Sospechaba? De seguro. Un mes de cama y de curaciones y el recuerdo de los dientes de Leal mataron el amor de mi tío.

Quedé en paz. Al fin, llegó el que esperaba, el hombre honrado a quien di mi mano y mi corazón.

Por eso, aunque han pasado los años nunca he olvidado su consejo, su generosidad; y en esta hora de dolor me he atrevido a traerle mis simpatías. Me ha enseñado usted que la mano tendida a tiempo nos salva. Créame que siento su pena como si fuera mía. ¡Si pudiera infundirle el valor que usted me dió, retribuirle su generosidad...!

Y se fué. Aun veo su elegante silueta de matrona, su rostro de leche y rosa, sus ojos verdes como dos esmeraldas, y suspiro. Así era, y acaso más amada, la que me dejó solo y ensombrecido.

EROS VENGADOR

Era pequeñita, regordeta, de ojos verdes tan locuaces como el rojo cintillo de sus labios y de movimientos que tenían la elasticidad sedaña del gato: carne de pecado que vibra al contacto de otra carne. Y aquella tarde iba como balanceando la rebosante copa de su busto sobre las redondas caderas; pisaba sacudiéndose sobre los altos tacones de sus botitas Luis XV, de dorado filete.

A su lado y algo zaguero iba un jovencito vestido de negro, hongo y junquillo; fijos en ella los ojos tímidos y pedigüenos, parecía no tocar tierra.

—Pero ¿qué quieres, Natalia?—le dijo muy quedo, con voz temblorosa y angustiada.

—Nada; que me dejes en paz. ¡Vete!—y al volver el rostro imperativo, hízole con los ojos un gesto de amable y picaresco desprecio. Sonrió el joven en su amargura; pero luego sus facciones se contrajeron con dolor y retuvo el paso vacilante. Llegó a la es-

quina de la calle Ahumada y se detuvo. La miró ir con sus pasos cadenciosos, vibrátiles, recta, enfundadas las manos en su manguito, tembloroso el airón de plumas de su sombrero, sin volver el rostro como si él no existiera. La miró, la siguió con la vista por entre el grupo de gente que va y viene hasta que desapareció en él.

El jover dió la vuelta y siguiendo opuesta dirección, cruzó la Alameda y metióse por Serrano hasta su cuarto de pensionista. Una capa de fino polvo cubría sus abandonados libros de estudio, sobre una mesilla en qué, afirmado en un tintero, estaba la fotografía de Natalia, en bata, en coqueto desenfado, la mano en la mejilla y los ojos en el cielo.

Miróla y compungióse; y arrojándose sobre el lecho, lloró convulsivamente.

Hacía un año que cortejaba a Natalia, que le atrajo con sonrisa y gestos equívocos. La encontraba cada día en el centro comercial de la ciudad, ora sola, ora acompañada de una hermana. A veces daban paseos bajo la silenciosa fronda del Parque Forestal; a veces se perdían en las lejanías de senderos verdes en el Parque Cousiño. Y era exigente. Su enamorado debía verla cada día; esperarla para tributarle rendida pleitesía a la salida de la misa en Santo Domingo; jun-

társele en sus paseos de tarde en algún parque; formar en la calle que hacen los jóvenes a las niñas en las tardes de música en la Plaza de Armas; llevarle algunas violetas en señal de que se acordaba de ella; no olvidar los confites de que gustaba y estar a la



hora fija que le indicaba en billetitos que de vez en cuando le enviaba con un mensajero.

Y él, ya feliz, ya atormentado, seguía tras ella por

todas partes, asido al cabo de una esperanza siempre insinuada, jamás cumplida; pues en el momento fijado, debía someterse a nuevas pruebas antes de tocar la dicha codiciada.

El desaire de la tarde apenas le permitió dormir. Se desperezaba para entonar sus músculos vencidos, encendidos los ojos y las mejillas pálidas, cuando llamó un mensajero a su puerta. Traía un billetito perfumado con polvos rosa té que decía simplemente:

Alberto... Te espero en casa a las dos en punto.—Natalia.

Eran las dos y diez minutos cuando llegó a la casa. El tranvía se había atascado. Natalia lo esperaba en la puerta. Le hizo un signo para que se acercara.

—¿Por qué has llegado tan atrasado? Tú nunca haces lo que yo quiero. Te odio. Espérame.

Entró y luego volvió. Le indicó que entrara, lo hizo pasar al saloncito desierto y señalándole al otro lado del estrecho pasadizo la alcoba, le dijo:

—Mira, ¿sabes dónde te habría recibido si hubieras llegado a la hora exacta? Ahí. Yo estaba sola. No te excuses. Nunca haces lo que yo quiero. Mira, no te vayan a ver; vete y espérame en la esquina.

Esperó adosado a un poste de teléfonos, los ojos torcidos hacia la casa, anhelante y tembloroso. Sus

ojos y su boca se distendieron en sonrisa: ella apareció en el vano de la puerta, miró como quien indeciso titubea hacia donde ir y vínose, por fin, hacia él. Al pasar y sin volver el rostro, díjole:

—Sígueme de lejos.

A cosa de una cuadra, le llamó y emparejando con él, le expresó vivamente su deseo de pasear por el Parque en carruaje. Corrió él en busca de uno y volvió al rato.

Muda, enhiesta, la mirada fija adelante, en la inmovilidad de una santa en su hornacina, Natalia no daba más señales de saberlo a su lado que alguna mirada de reojo. Alberto indagaba ansiosamente en su rostro de esfinje. ¿Qué quería? ¿Qué le mandaba? ¿Qué prueba exigía a su amor? Y en la actitud de un devoto, la angustia le devoraba.

El carruaje ha entrado por la avenida enarenada; la sombra tendida de los árboles, arrojada por el sol envuelto en llamaradas de arreboles, entrecorta el magnífico panorama del ocaso. Hay también en esta atmósfera inflamada y quieta interrogaciones solemnes. Y el carruaje rueda silencioso sobre la tierra húmeda.

—Manda que pare.

Bajan.

—Natalia, por favor...

—Cállate. Crucemos el jardín... Alberto, tú no me quieres.

—¿Por qué lo dices? ¿No sabes que te adoro y que todo lo sacrificaría por ti?

—¿Sí? Y nunca haces lo que te digo.

—Pero. ¡Por Dios, Natalia!—Y Alberto se retor-
cía las manos y miraba al cielo y el rostro de su ama-
da, sin saber qué decir ni qué hacer.

—¡Mira! Hazte a un lado. Ahí viene Juan Gu-
tiérrez. ¿Qué dirá si me ve contigo? Vete al coche
y espérame.

Con la actitud y el dolor de un hombre honrado
sorprendido en un robo, Alberto se oculta, se desliza
por entre los troncos y torna al carruaje. Desde allí,
palpitante y anheloso, persigue la silueta de Natalia,
que pasea erguida la rebotante copa de su busto y el
airón tembloroso de su sombrero.

* * *

—¿Qué agradable encuentro! Y usted ¿pasea sola?

—¿Qué ocurrencia, Juan! Ando con uno de mis
hermanos; nuestro coche quedó en la avenida y mi
hermano me espera en él. Y usted, ¿sabía que ven-
dría hoy?

—Lo ignoraba en absoluto.

—¿Sí? Pues es usted muy despreocupado. Es que alguien le quita la memoria. Vaya ¡qué caballero tan galante!

—No, Natalia, no; me juzga usted mal.

—¿Es que usted cree que me interesa juzgarlo?

—No creo. Sería para mí una dicha que usted se interesara por mí; pero me parece que no la alcanzaré.

—Muy desconfiado es usted, Juan; y no tiene motivos, porque usted sabe...

—¿Qué, Natalia?

—Nada.

—¡Qué hermosos arreboles! ¿No los halla usted así? Es un placer intenso ver incendiarse el cielo y tener uno el alma plácida.

—Es posible.

—Es esa placidez amarga de un amor sin esperanza, cuando se mira el cielo como cosa distinta de nosotros, indiferente como una decoración de teatro; cuando ya nada nos dice y nos sentimos huérfanos y abandonados; cuando los ojos que amamos...

—Siga, siga, Juan (se coge de su brazo). ¿Qué decía de los ojos amados?

—Que huyen y me dejan en la sombra y la angustia.

—¿Y qué más? Por favor, hable, hable; no se calle.

—Decía . . . Pero ¿para qué renovar sentimientos que han debido morir en la soledad de mi alma? Usted con su indiferencia, los ha matado.

—¡No, no! No diga eso, que me da mucha pena. Juan, Juan, tú me has hecho beber un filtro que me quita toda voluntad; yo debiera huir del fuego de tus ojos que me queman el corazón, de tus manos que me enervan, de tus palabras que me llenan de una angustia deliciosa. Yo defallezco y no sé de mí.

—Desfallece en mis brazos.

—No. ¿Por qué piensas eso? Suéltame y déjame volver.

—Vete, pues. Yo no te detengo. ¿No te parece mejor, Natalia, no volver a encontrarnos? Es un poco ridículo cantar el dúo de amor y echar en seguida a correr. No acepto, no quiero ser juguete tuyo y dejarte mi corazón para que hagas de él mangas y capirotes.

—¿Por qué eres así, Juan?

Cogida a su brazo, la cabeza levantada, los ojos en los de Juan, Natalia parecía sumida en éxtasis doloroso y tierno.

Habían andado el sendero circular y volvían sin

saberlo al punto de partida. Juan sonreía displicente y se torcía el rojo y grueso mostacho. Sus pasos se hacían remisos bajo el macizo sombrío de un pino.

—Adiós, Natalia.

—¿Adiós? ¿Hasta cuándo? Yo te avisaré.

—No me avises, porque no vendré.

—Si vendrás. ¿Por qué eres así?

Juan se vuelve hacia ella y tomándole la cabeza con entrambas manos, le da un sonoro beso, diciéndole:

—Vete, caprichosa.

Un velo rojo cubrió los ojos de Natalia; sintió la sangre afluirle al rostro y desconcertada y temblorosa, como en deliciosa ebriedad, echó a andar con pasos rápidos y menudos. De repente al torcer el sendero se halló en la avenida y al lado del coche. Un sollozo comprimido la sacó de su aturdimiento. Alberto tenía la cabeza entre las manos... y lloraba.

* * *

Mucho rato hubo silencio. Natalia se quitó el sombrero y recostóse en el ángulo de la testera. Encendido el color, la respiración breve, brillante la mirada, parecía retener la embriaguez del beso. Alberto, los

codos sobre las rodillas, miraba por la ventanilla la tierra que huía bajo el coche. Toda su timidez de niño doloroso iba deshaciéndose bajo la presión de su amargura. Rodaba el coche y su alma rodaba, despeñándose por abismos distintos y vecinos.

Natalia sacudióse los pensamientos que la inquietaban; y mirando a su enamorado con tierna simpatía, le dijo como si nada hubiera pasado:

—¿Qué tienes, que vas tan callado?

Sintió él una sacudida, se irguió y luego, arrepentido o desdenoso, volvió a su antigua posición.

Natalia lo miró sorprendida. Por la primera vez no respondía sumiso a su llamado. Se asombró sinceramente. Sonrió compasiva y acercándose a él, le puso la mano sobre el hombro y le dijo con voz queda:

—¿Qué? ¿Ya no me quieres, ingrato?

—¿Quererte todavía? ¿Y para qué? Natalia, algún día te arrepentirás de haberme hecho sufrir por capricho! ¡Lo sé todo, lo comprendo todo! Alma frívola, tú no sientes el amor, sino el placer de ser amada, la vanidad de llevar y traer un alma como un perro sumiso atado a la cadena. Yo he sido para ti lo que un juguete para un niño; y todavía, destrozado, quieres retenerlo para exterminarlo. Eso es todo, todo, todo.

Y como agotado por esta dolorosa energía, hundió la cabeza entre las manos y lloró de nuevo.

Natalia, conmovida, afirmó la cara sobre el hombro de Alberto y le susurró al oído:

—Alberto, no digas eso, que me haces sufrir.

El mozo se estremeció, y aunque sus pensamientos tumultuaban, quedóse quieto, bajo la dulce presión. ¡Si el del otro fuera un capricho! Un instante brilló para él una esperanza canalla; pero se rehizo como varilla de acero encurvada, e inguiéndose lentamente, volvió hacia ella los ojos airados:

—¡Tú sufrir!—murmuró sordamente.—Tú gozas; tú sientes un placer profundo en ver un alma desgarrada que sangra.

—¿A dónde vamos? Alberto, di al cochero que pare.

Bajaron en la Alameda; y tomando una calle hacia el sur, marcharon en silencio. Estaba obscuro; los faroleros corrían de farol en farol dándoles lumbre; los tranvías pasaban atestados de pasajeros; las tiendas se cerraban, y un ruido de gente apresurada iba hacia las afueras. A una indicación de Natalia tomaron una calle perpendicular y que estaba solitaria y oscura.

—Déjame aquí. ¿Hasta cuándo? ¿Vas mañana al

paseo del centro? Volveremos juntos; y si te parece, en coche—añadió mimosa.

Esperaba el efecto de esta indicación. La intimidad de la caja cerrada había permitido en ocasiones al joven tomar las manos de Natalia y hurtarle algún beso esquivo.

—¡Adiós! . . . Y para siempre.

Natalia hizo un mohín y, enfundando las manos en su manguito, dió una coleadá airoso y se fué lentamente. El joven no la siguió; quedó parado, suspiró hondamente y dió la vuelta; pero sintió que Natalia lo llamaba y que se acercaba.

—¿Qué quieres, por fin? ¿Todavía no estás harta de mi sufrimiento?

—No seas niño, Alberto.

—No soy niño. He sufrido ya bastante para no serlo. Natalia, algún día sufrirás las torturas del engaño y llorarás como yo he llorado. Tienes razón en decir que soy niño, porque te he querido con todo el corazón y te he creído con entera lealtad. Tú te has burlado de mí y me has llevado a ser testigo de tus burlas, a mascar la vileza del engaño, la infamia del desprecio; y te atreves a pedirme que siga siendo un lacayo en tu corte de mujer coqueta y sin corazón. ¡Basta ya! ¡No quiero! ¿Lo oyes? ¡Basta! Haz cuenta

de que yo he desaparecido o que jamás me conociste; y espera el castigo, espera la hora en que amarás como yo te he querido y en que sufrirás lo mismo. ¿Qué más quieres? Ya has satisfecho tu ansia de tener un corazón que destrozar; ya lo has desgarrado, ya has visto llorar a un hombre por ti y apurar la copa del dolor. ¡Espera tu día; el amor también se venga!

Y como fuera de sí, erguido, accionando con el índice estirado en la actitud de un augur dementado por el divino entusiasmo, se apartó y se fué a paso apresurado.

Natalia le escuchó embebecida, aspirando como un perfume el dolor que expresaba, recogiendo en las pupilas dilatadas sus movimientos, la agitación convulsiva de sus labios que el bozo sombreaba, las sucesivas encorvaduras del cuerpo con que acentuaba sus palabras; y cuando terminó y se fué, le miró ir y desaparecer tras la esquina, y ella a su vez tornó a su camino, murmurando:

—¡Pobre Alberto! Parece que me quiere; pero... ¿cómo se imagina que yo me voy a enamorar de un muchacho como él?

Y la silueta displicente, elegante en sus movimientos, amable en su sonrisa desencantada, hasta en sus atrevimientos desenfadados, de Juan Gutiérrez, se le

presentó como una silueta de sombra en la sombra vaga de la calle. Y ella, mirando las estrellas tranquilas e ingravidas, suspiró.

* * *

—Es inútil, Juan, que quiera disculparse; me hizo esperarlo como una tonta toda la tarde. ¿Por qué ha hecho eso?

—¡Estuve tan ocupado!

—¡Siempre tiene usted tanto que hacer!, nadie lo creería. Cuando pasea ¿también anda ocupado?

—Sin duda, amiga mía. El paseo entra también en mi programa de trabajo. Ayer, tres amigos me retuvieron. Si no es por ellos, habría estado con usted.

—Dios se lo pague. Esos amigos ¿le impedirán ir esta noche a casa a tomar el té?

—Ellos no.

—Le espero entonces.

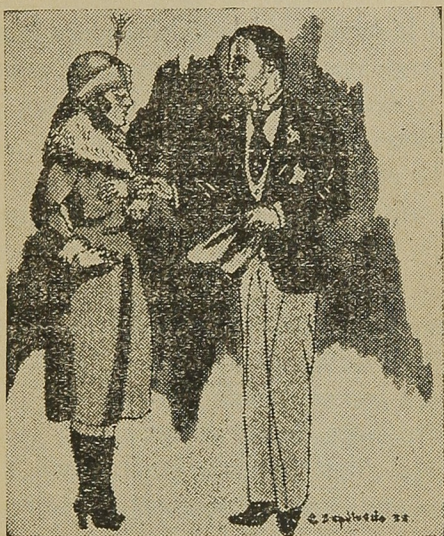
—Imposible ir. He quedado comprometido con otros a juntarme con ellos en el teatro.

Natalia se ha mordido los labios y vuelto la cara; procura serenarse.

—Sus amigos son muy exigentes. Usted condesciende con ellos más que con las señoras. Es una vir-

tud que le asegura de antemano la paz doméstica! Cuánto le va a querer su mujer, cuando se case...

—(Gutiérrez mira al cielo).—Así lo espero.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

—(Natalia con voz insegura).—¿No irá usted al centro en la mañana? Tengo que ir con mi hermana a comprar unas telas.

—¿Para un traje sastre? Le sentaría a usted muy

bien. Tendría un gran placer en acompañarla a escoger la tela; pero toca la desgracia...

—No me diga, no me diga; ya lo sé. ¡Unos amigos!

—No, precisamente; es que...

—¡Da lo mismo! Yo también salgo en la tarde de mañana con unos amigos. Vamos a una quinta en el camino de San Bernardo. ¡Ay! no quisiera ir. Para oír requiebros y pesadeces...

—¿Son poco galantes esos amigos?

—Al contrario, uno me persigue con sus galanteos.

Natalia mira de reojo a Juan, que se atuzo el bigote.

—Siempre es agradable saber que a uno le quieren. Debía usted agradecer a este su amigo su cariño.

—Y... ¿corresponderle también?

—¡Si es digno de ser amado!...

—¡Basta, Juan! Usted se burla de mí. Y es que usted cree que yo estoy enamorada de usted y que me muero por su amor. Está usted muy equivocado. ¿Lo oye? muy equivocado. ¡No faltaba más!

—Hablemos claro, Natalia. Míreme usted: bordeé los cuarenta y ha tiempo dejé de ser escolar; yo no abro calle a las niñas a la salida de misa, ni me paso las horas muertas aguitando balcones, ni holgaza-

neando en la calle de Huérfanos, ni oyendo la retreta en la plaza. Tampoco hago el amor de pastelería, derritiéndome con una copa de helados al frente, ni espero detrás de las esquinas, ni hago versos, ni escribo postales, ni firmo álbumes. Perdóneme esta franqueza. Perdóneme todavía otra: usted y yo nos hemos equivocado. No hemos nacido el uno para el otro. Sea usted razonable; si usted quisiera...

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿Qué se ha imaginado usted? Era lo que faltaba, la insolencia a la burla. Es usted un mal caballero y no merece que le mire. Adiós.

Y Natalia pálida, desencajada por intensas ojeras violáceas que entenebrecían su mirada, se apartó con violento ademán; y metiendo las manos en su manguito, recta, con paso menudo y firme que hacía temblar la rebosante copa de su busto sobre las redondas caderas, avanzó en la sombra de la calle oscura.

Gutiérrez se quedó mirándola. Sobre el fondo claro que daba un farol lejano veía su móvil silueta y el airón tembloroso de su sombrero.

—¡Pobre mujer!—murmuró.—Alma sedienta de adoración y vasallaje, necesita un súbdito y no un amante. Busca un imposible, un alma que tenga la abnegación ferviente de los quince años y la quietud dominadora de los cuarenta.

EL CASTIGO

—¿Qué estás haciendo, Maruja?

—Ya lo ves; te limpio el terno que te vas a poner para ir a la sesión.

—¿Yo? Ni lo pensaba.

—¡Qué mala memoria tienes! ¿No dijiste ayer que hoy tenías una sesión muy importante? Una reforma de estatutos. Y como te han elegido vicepresidente de la Sociedad, tienes que dar ejemplo.

—Realmente, me sorprendes. No he tenido la menor idea de asistir. Y que haya dicho que pensaba en asistir, me sorprende más.

—Te estás poniendo de muy mala memoria. Algo o alguien te la arrebató. A mí no me vienes con cuentos. Pero, en fin, si no vas, la ropa limpia siempre te servirá.

Y Maruja dando al cepillo, siguió como si monologara:

—¿Qué dirán los socios? Que han elegido un vice

remolón. Acaso lo hicieron por tener un vice ejemplar, que los incitara a ser puntuales. ¡Buen chasco!

—¿Realmente, dije que asistiría hoy? Pero ¿estás segura siquiera de que haya sesión?

—Pero, hombre de Dios, ¿que no sabes que todos los sábados tienes sesión desde las 6 adelante? Y si lo has olvidado, desengáñate: aquí tienes el diario.

Y tomando el que estaba sobre una mesilla del hall, lo desdobló y le mostró el aviso de citación, ¿ves? y dice: "Hay asuntos muy importantes que tratar; se ruega la asistencia".

—Bien, iré. ¡Qué demontres! Francamente no tenía ganas de salir.

Y Pedro, con su traje café oscuro, bien aplanchado, fumando un cigarrillo, displicente y remiso, se fué.

Nerviosa, Maruja abrió el ropero, sacó y tiró sobre el lecho un vestido, salió de la alcoba, corrió a la puerta de calle y atisbó; a lo lejos, en la calle casi desierta, vió a Pedro que se iba; volvió al interior, se dió una manotada de agua en la cara y secándosela se metió en la alcoba, de la cual luego salió vestida, de color rosa seca con faralá de encajes abombillado y casquete de seda del mismo tono. Se echó polvos en la cara, rojo en los labios y un trazo negro en las cejas y salió contorneando las caderas.

Pero, volvió sobre sus pasos; y desde la cancela gritó a la sirviente:

—Peta, si el patrón llega primero, dile que poco rato antes salí a saludar a mis primas.

* * *

Eran pasadas las ocho cuando llegó Pedro malhumorado. La sesión del Directorio de la Sociedad de Amigos del Progreso del Barrio Norte había sido aburridora.

La ausencia de su mujer le contrarió. Era la cuarta o quinta vez que ocurría caso semejante; y sólo ahora reparó en ello. Una visión se le clavó en la mente. Cuando venía cerca del mediodía, del Banco en que era contador, vió un mensajero que le pareció salir de su casa; y habiendo preguntado a Maruja le contestó simulando sorpresa:

—¿Un mensajero? No, aquí no; tal vez ha ido a la casa vecina.

Simulando. Esta palabra con que mentalmente concretó su observación, le sorprendió, y la repitió espaciadamente dos veces: ¿Y si realmente el mensajero hubiera salido de esta casa? Habría un mensaje.

Pedro, obsequioso y condescendiente con su mujer,

había hecho de las matemáticas un código de moral práctica; las cuentas claras, se repetía siempre, como una pragmática a que debía ajustar su vida.

—Las cuentas claras—se dijo—; si hay un mensajero, hay un mensaje. Veamos por si acaso.

Y entrando en la alcoba, encendió la luz. En el velador, nada; en el piso, en el lecho, nada, sino las ropas abandonadas. Ahí precisamente, en el bolsillo de la bata japonesa, un papel pequeño muy doblado. Leyó: Te espero, los mismos, sitio y hora.—Tuyo. Juan.

El golpe lo aturdió; se tambaleó, se cogió de los barrotes del catre de bronce y permaneció un rato semi-inconsciente, desequilibrado y bamboleante.

Al recobrarse algo, se metió el papel en el bolsillo del pantalón y se dejó caer sobre un sillón en el hall.

Muy lentamente fué recobrando la serenidad y las imágenes tumultuosas de cuadros de su vida de casado, de balazos con que fulminaría a la infiel, de pugilatos violentos, de estallidos de cólera, de abandono y soledad se fueron aclarando y como ordenándose en su mente nebulosa.

—No, no,—se decía—; no debo abandonarme a una cólera turbia y descompaginada; debo proceder

con calma; debo razonar, debo meditar; debo... Y esforzándose por pensar, pensó.

Tentó lo que en su lenguaje llamaba un "balance de su vida de casado". ¿Había sido mal marido? No. Era hombre de su casa; atendía a su mujer como un enamorado juicioso; la llevaba a teatros y paseos; la vestía con decencia, le procuraba cuanto en sus medios podía contentarla. Pero... ella era fría, reticente, esquiva a sus caricias. Ahora lo veía claramente. ¿Por qué? No había chocantes diferencias de caracteres; no había disconformidad de gustos, ni de opiniones; nunca entre ellos una disputa que se agriara ni una palabra ofensiva; pero tampoco esa fusión de alma y cuerpo que hace de marido y mujer dos en una sola carne. ¿Por qué? Se devanaba los sesos por entenderlo.

En su resolución de ver claro, de pensar con calma no quiso esperar en pie a su mujer y se metió en cama.

Eran las nueve cuando llegó ésta, hablando alto:

—Por Dios, ¡qué lata! Tan tarde ya. Pedro estará aburrido. ¿Dónde está? ¿En cama? ¿Estás enfermo?

—No, algo cansado. Y tú ¿de dónde vienes?

Fruncía los ojos para no fulminarla con las chispas que en ellos brotaban; y Maruja, cuyos ojos irra-

diaban una satisfecha plenitud, respondió esquivando el rostro:

—De donde mis primas; no, miento; del teatro, porque se empeñaron en que fuéramos a ver una película. Una película de cow-boys, hombre; una cosa aburridora. Bueno ¿comiste? ¿Te hago traer aquí la comida?

—No; no quiero. Come tú sola. Quiero descansar.

—Pues yo tengo un hambre...

A Pedro parecía increíble que una mujer tan hermosa y rozagante fuera culpada de infidelidad... ¡y para con él! Pero esa animación que la insuflaba, esa mirada brillante, esas ojeras azules y un cierto cansancio y lasitud en las facciones eran corroborantes de su culpa. Dos años casada, ningún hijo; predilección por los bailes y tertulias, como soltera que pretende; mucha animación en conversaciones con jóvenes, risas cristalinas; inquietud de quien busca; y en el hogar, quietud de abandono, condescendencias morosas de quien cede y no participa, esquiveces instintivas que se vencen, entregas lacias, sin esa crispación ansiosa que funde dos seres en una llamarada: eran partidas que Pedro anotaba en su balance. Y el análisis seguía como una obsesión, no como razonamientos que se eslabonan, sino como lampos de luz,

como relámpagos sucesivos que alumbran un abismo.

Y tabique de por medio, cada cual en su lecho, dejaba correr sus pensamientos.

—Pedro está raro. ¿Sospechará algo?

—La esquivez de la mirada denuncia su culpa. ¿Sospechará que sé?

—Si sospechara, si llegara a descubrirme... Bueno ¿y qué?

—Será un escándalo; pero es inevitable.

—¡Tan bueno Pedro!, pero no ha podido gustarme nunca. ¿Por qué? No lo sé. En cambio, Juan me enloquece, me domina; iría con él al fin del mundo.

—¿Balazos? No; nada de tragedias. La muerte violenta no es un castigo para el delincuente; es sólo un crimen para comentarios del mundo.

—Lo sentiría por Pedro, verdaderamente; pero yo ¿he de sacrificar mi vida entera a una esclavitud? Me casé, es cierto, mas ¿sabe una lo que será después?

—Matarla, bien lo merece; pero ¿y él? ¿quién es? Y si escapa a mi venganza, habré hecho justicia a medias. No; la cuenta ha de ser bien saldada.

—¡Bah! no quiero pensar en nada; acaso son las mías conjeturas, hijas del temor. No; durmamos; mañana será otro día.

—Lo pensaré bien. No siento amor, sino deseos de vengarme. Yo he leído un caso semejante. Pensaré.

Maruja se revolvió inquieta por largo tiempo y se durmió al fin, con una sonrisa desvanecida en los labios, provocada por el recuerdo de sus breves horas de amor y de locuras; Pedro, en vigilia y semiamorrido, giraba en una vorágine de ideas; imágenes, cuadros truculentos que lo afiebraban.

Pasaron los días en silencio mutuo, cargado de tempestades; cada cual aparentando tranquilidad e ignorancia, espiándose el rostro, los pasos, las miradas; cada cual queriendo convencerse y convencer de que el otro nada sospechaba.

La obsesión de Pedro se bifurcaba hacia dos puntos divergentes: provocar la certificación incontestable del delito; y el explicarse el caso. En realidad, ¿qué le importaban las causas de la infidelidad de su mujer ante la realidad para él comprobada, la terrible realidad que cambiaba de golpe su vida, desde los ápices de sus íntimos sentimientos hasta los menores detalles de la existencia? Pero su espíritu observador quería explicarse los hechos. Y la doble preocupación se entrelazaba en su mente y cuando quería premeditar planes de acción se sorprendía pensando en las causas de las esquivaces físicas de su mujer.

Y llegó a establecer lo que él llamó una ley biológica del amor: para que la fusión de dos seres que se unen sea completa y brote la felicidad que se satisface a sí misma, sin extraños estímulos, debe existir una atracción moral, intelectual y física; deben atraerse y ensamblarse, en entrantes y salientes coordinadas, los caracteres, los sentimientos e ideas y los cuerpos.

Aplicando su teoría, se explicaba ahora los casos de A., de B., de C., de amigos cuyas intimidades conocía; veía en una pareja la atracción física y la divergencia de tendencias, que llevaba a él a la vida de club y sociedad y a ella a paseos y fiestas familiares; a otra en constante contradicción de opiniones, que amargaba la vida de ambos; y una tercera, como su caso, en que la apatía o la repugnancia física tiraban al marido hacia fáciles amoríos y a la mujer a pololeos y a . . . ¡vive Dios! a infidelidades criminales, a repugnantes hipocresías y engaños.

No; cualquiera que sea la causa, eso clama venganza y remedio.

En la mañana del sábado siguiente Pedro se estacionó en el Portal, frente a la mensajería; de pie ante una vitrina atestada de artículos masculinos, espiaba con el rabillo del ojo. Cerca de las once llegó a la

mensajería un hombre que conocía; escribió un mensaje, lo metió en el sobre y pagó.

Pedro esperó al mensajero y lo siguió: ambos tomaron un tranvía, bajaron en un final de cuadra; aquél tomó la calle, Pedro desde la esquina lo vió llegar a su destino. Era su propia casa.

Dominando sus ímpetus, a paso lento, como forzado, fué hacia ella. Se enfrascó en la lectura del diario; Maruja ajetreaba el almuerzo. Diez veces le subió la pregunta, que sería como la chispa que hace estallar el cañón, la de si había venido el mensajero; diez veces se contuvo, se tragó su rabia y su coraje. En el almuerzo habló de una curiosidad científica que explicaba el diario; después se fué a echar a la cama.

—Juan, pensaba; era Juan, el elegante pariente de las primas de su mujer; bailarín incansable, charlador alegre, galanteador y algo tunante. Está bien. Es el hombre que Maruja necesita; el que yo también necesito.

Leve ruido, risch-rasch de seda percibido en el silencio; es su mujer que llega solícita.

Se sienta al borde de la cama y le dice con voz en que vibra un temblor de emoción:

—¿Te sientes mal? Hace días que te veo sombrío e intranquilo. ¿Qué tienes?

—Nada — responde tras un momento de esfuerzo—; nada; estoy metido en un balance muy engorroso y eso me preocupa.

Casi alegre, Maruja se pone de pie y dice:

—¿Y eso te preocupa? Un tan buen contador como tú no tiene derecho a enredarse.

—¿Te parece? Es un balance definitivo y en que hay que andar con mucho tiento para no errar. ¡Definitivo!

—Yo creía otra cosa; que te sentías mal, que habrías hecho algún mal negocio, que sé yo.

—También un mal negocio; después lo sabrás.

—Ya me lo dirás. Me alegro de que no sea más que eso.—Y se fué aliviada de peso, sonriente y ligera.

En la tarde.

—¿Cómo? ¿No me limpias la ropa? Ya sabes que hay sesión.

—Creí que no irías; pero si quieres...

—No, está limpia; no se necesita de mucha corrección para una sesión ordinaria. Hasta luego.

Maruja no salió, por prudencia; Pedro perdió la tarde espiando desde la calle vecina.

El lunes, en su escritorio y en el vagar de sus quehaceres, copiaba una carta de Maruja, imitando su letra; y cuando creyó que simulaba bien, escribió una cita a Juan, en una esquelilla rosada que usaba su mujer. Le decía que no habiendo podido salir el sábado, viniera a su casa, al siguiente día, de 2 a 4, hora en que Pedro estaría en su oficina; tenía cosas interesantes que contarle. No sabiendo como firmaba ella, puso solamente una M.

Metido en una cantina de barrio, detrás de una mata de bambú, atisbaba la boca-calle. Al fin apareció el hombre; Pedro se estremeció y se contuvo; esperó temblando, como corcel impaciente, un rato que se le hizo un siglo y se lanzó a su casa. Quería ir lentamente, mascullando lo que diría, e iba rápido; abrió la cancela con tiento y viendo el hall vacío, se lanzó a la alcoba, abrió la puerta y se detuvo.

Un grito agudo y el golpe de dos pies que asientan en el pavimento sonaron unísonos; en la penumbra, vió a Juan de pie, buscando con los ojos la escapada; a Maruja de bruces sobre el lecho, la cara en las manos.

—No se asusten—dijo Pedro con voz que procuraba fingir serena—; no traigo armas (y levantó los

brazos), no tengo tampoco deseos de hacer dramas para escandalizar la gente.

—No—gruñó sordamente—no es que no tenga dignidad; no imagines, canalla, gritó a Juan con voz enronquecida, que quedarás impune; ni tú, mujer pérfida, hipócrita.

—Pedro, Pedro, oye—clamó Maruja—; yo no he llamado a Juan; hay una equivocación.

—Lo sé; yo lo llamé. ¿No he interpretado bien tus deseos? ¿No necesitabas decirle que yo sospechaba tu infamia y que había que tomar otras medidas para seguir las relaciones?

—Señor—murmuró Juan—señor...

—Nada tiene usted que decirme. Vamos al caso, como hombres de honor que arreglan un negocio. Contésteme usted categóricamente, francamente, como hombre. ¿Usted ama a mi... a Maruja?

Juan miró a Pedro, miró a Maruja que se había puesto de pie, la frente alta, la mirada desafiadora.

—¡Conteste!—repitió Pedro.

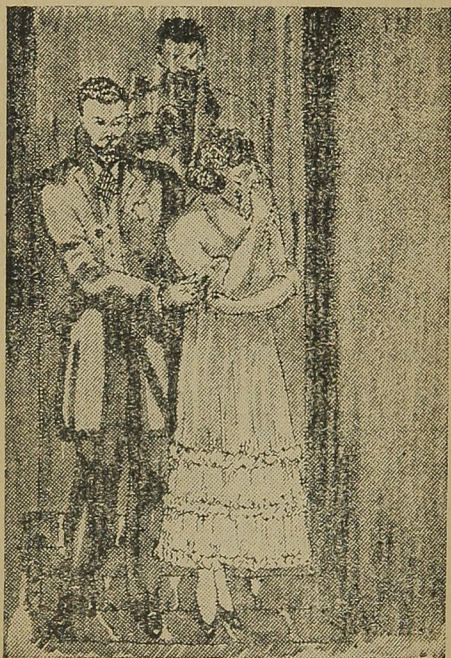
—Sí—masculló.

—Y tú, ... Maruja, ¿amas a ... este hombre?

Maruja bajó los ojos, se puso encendida y contestó con sombría energía:

—Sí, lo amo.

—¡Claro! Os habréis jurado un amor eterno; ser el uno para el otro, robándola usted, señor, a su ma-



rido; mintiendo tú, pasando por sobre tus deberes y tus juramentos ante Dios y los hombres; y si os queréis, atropellando deberes y conveniencias sociales,

más os querréis libres y señores de vuestra voluntad.

—¿Es un sermón? —preguntó despectivamente Juan.—Para oírlos prefiero el templo.

—También—dijo Pedro, con calma—este es un templo, un templo profanado.

—Pero, no nos desviemos—agregó con voz entera.—Lo que quiero, lo que resuelvo es que usted se lleve a esta mujer. Es suya, no mía. Y tú, sigue a tu hombre. ¡Y fuera de aquí!

Los dos culpados se miraron. ¿Qué podían oponer a una solución que estaba de acuerdo con sus sentimientos? No obstante, vacilaban. Habrían preferido un estallido, una lucha, una tragedia que los justificara; ella, un ataque a Juan que cohonestara su pasión con su piedad; él un ataque a Maruja que cubriera su falta con un generoso rasgo de hombría.

—¡Fuera de aquí!—repitió Pedro con voz sombría.—Ahí tienes a tu querido; tanto te quiere que no se atreve a llevarte; ella tanto te quiere a ti, ladrón de honras, que no se atreve a seguirte. ¿Y por qué vacilan? La dicha les espera, el amor los llama, el mundo se abre ante ustedes, ¿qué más podéis ambicionar?

Y tomando a Maruja de un brazo, la sacó hacia

afuera de la alcoba y poniéndose detrás, empujó a Juan.

Callados, desasidos, salieron; y Pedro cerrando con violencia la cancela, se tiró sobre un sillón.

—El conquistador—murmuró—va con la carga de su conquista.

Un rictus ahondó sus mejillas al agregar: —Cuando abandonada por su amante, venga a golpear la puerta de esta casa, la hallará cerrada para siempre. En su falta lleva su castigo.

LA FUENTE DE LA JUVENTUD

Pasada la ancha puerta en arco y el pasadizo, se llegaba a un emparrado de arquería de hierro, aislado por ambos lados por sendos tablares de flores. A un costado, amplio y largo galpón con todo el frente de enrejado de hierro, en que muchos monos brincaban sobre perchas que simulaban árboles, columpios y barras horizontales; y al otro lado, las salas de disección y operaciones. En el pasadizo y bajo el emparrado en que había bancas de madera y hierro, unos seis hombres esperaban, leyendo unos el diario, otros embebidos en una impaciencia refunfuñadora.

Diego Fabres entró como cohibido y tomó asiento bajo el parrón. Mientras desdoblaba el diario vió a su amigo Francisco Ordóñez, medio oculto tras la hoja de su periódico abierto. Se dirigió a él:

—¡Hola! ¡Tú también!

—¡Y tú!

—Ya lo ves. Es preciso rejuvenecer.

—Luego, ¿confiesas que ya no estás joven?

—¡Hombre! Tampoco tú pretenderás que lo estás. Creo que pasamos del medio siglo largo de talle.

—Lo menos hace cuarenta que nos rompíamos la cabeza con la endiablada química. ¡Cómo pasa el tiempo!

—¿Y bien? Yo vengo atraído por la fama de este soberbio modo de rejuvenecer. Dicen que este doctor González hace la operación con una certeza admirable.

—Sí, yo he visto casos. ¿Te acuerdas de Fernández, aquel viejo verde que vivía frente a nuestra pensión universitaria? Pues, ese carcamal se inyectó juventud y anda como un cabro diciendo chicleos a las niñas.

—En vista de eso, tú...

—¿Y tú?

Soltaron la risa espontáneamente.

—Acabo de leer—dijo Ordóñez—un artículo sobre los informes de la Facultad de Medicina. En resumen, los doctores dicen que la implantación de las glándulas intersticiales para rejuvenecer el organismo, es eficaz y está científicamente comprobada con miles de casos. No hay vuelta.

Discurrieron largo sobre el descubrimiento del ya

famoso médico polaco, Voronoff, según el cual, cambiando las glándulas intersticiales de un organismo ya envejecido por la de uno joven, se recobra la juventud. Esas glándulas secretan la substancia que conserva flexibles y activos los músculos y les suministra la potencia y el vigor.

Miles de hombres habían recobrado su aptitud, con sólo cambiarles sus glándulas caducas con las de un mono joven. Se había establecido viveros de monos; se les traía de Ecuador, del Brasil, del Africa; se había hecho cruzamientos felices de orangutanes, desgraciadamente escasos, con los pequeños monos americanos, y ya se disponía de muchos individuos mestizos, de buen tamaño y robusta naturaleza.

Pero como luego se observó que la vida en los criaderos los menguaba y enflaquecía, el Estado cedió un territorio boscoso, en donde se soltaban los frutos de la hibridación y en donde se les cazaba después.

Todo esto encarecía la operación. Millones de hombres suspiraban, porque abaratara el rejuvenecimiento en todos los puntos de la tierra; y otros millones de mujeres lloraban sobre sus almohadas por no tener el dinero que les costaba renovar sus encantos.

—Es lamentable—dijo Fabres.—Sería preciso que la tierra estuviera tan poblada de monos como de

hombres para satisfacer esta aspiración; pero la tierra no podría sustentar una población inmortal que se reproduce incesantemente.

Luego suspiró y añadió:

—He gastado esta primera vida, derrochando una parte y empleando la otra en juntar dinero para renovarla. Así gozaré de dos juventudes.

—¿Y para qué?

—Para casarme. Puesto que la ciencia nos da lo que la naturaleza nos niega, la juventud renovada, ¿por qué no aprovecharla? Absorbido en la virilidad por el trabajo y la ambición de juntar una fortuna, dejé pasar el amor a mi lado sin hacerle caso, y al despertar como de un sueño tormentoso, me encuentro solo y algo hastiado. Lo grave del caso—continuó confidencialmente—es que sintiendo la necesidad de amar, me he enamorado. Tú comprendes lo demás.

—Ya, ya. No me pasa lo mismo, pues me casé y tengo hijos grandes; pero ¡qué diablos!, la vida pasa, hay que alivianarla siquiera con comodidades y gozarla. Di tú, ¿qué gana o aprovecha el hombre si después de trabajar con éxito, la hora del descanso y del disfrute lo encuentra tullido sobre un sillón de

ruedas? ¡Oye!, el doctor me llama; me toca el turno. Adiós. Voy a la fuente de la juventud.

—¡Felicidad! Ya me tocará el turno.

* * *

Un mes después, Diego Fabres descendía de un lujoso auto y daba la mano a una encantadora joven. Fabres había en verdad rejuvenecido. Aquel mago de la ciencia médica había hecho el milagro; y el nuevo Fausto, sin necesidad de comprometer su alma con el diablo, cada mañana comprobaba que se deshacía una arruga, que se le enrojecía el rostro, que sus músculos adquirían elasticidad, soltura sus movimientos y se regularizaba su digestión. Hasta los dolores reumáticos que antes lo empalaban, apenas se anunciaban por dolorcillos cada vez más tenues y alejados.

Se sentía joven y feliz. Iba a recomenzar su vida juvenil, una vida de amor y de placeres, sabiamente combinados por su experiencia de sesenta años.

“Es lo más grande, pensaba, este invento que permite unir la experiencia con la potencia, la actividad con la sabiduría. Es como ser viejo y joven a la vez. ¡Si la juventud supiera! ¡Si la vejez pudiera! ¡Oh,

vejeces de la edad antigua! Ahora, la juventud científica sabe y puede. Es la plenitud de la vida”.

Y pensaba en la hermosa mujer joven que su experiencia había escogido para aprovechar su nueva juventud.

Bajaron del auto y una mullida alfombra sembrada de flores cubría el pasadizo. Parientes y amigos formaban calle que en el fondo cerraba la servidumbre y una ¡viva los novios! los acogió. Y Fabres sintió ensanchársele el pecho.

* * *

Estaba convenido a medias palabras un viaje de novios; pero Fabres lamentaba su debilidad en haber consentido en él. Su experiencia señalaba con intenso relieve los inconvenientes del tal viaje: la incomodidad de los trenes, las miradas observadoras y maliciosas de los viajeros, la sordidez de los hoteles, el acecho concuspicente de su servidumbre, de ojos serviles cargados de malicia y procacidad, y el ajetreo del equipaje.

No atreviéndose a negarse a última hora, partió, mientras sus amigos espaciaban el ánimo y el estómago ante una mesa de las once succulentas; y llegó

a Viña del Mar, le dieron el consabido departamento para novios y . . .

—¡Al fin solos!—exclamó ella sonriendo picarescamente en mitad de la alcoba.

—¡Al fin solos!—repitió él.

Y experimentado y sabio, no se lanzó a sus brazos con el ímpetu ciego de la primera juventud, sino que dilató el paso, avanzó con la mirada fija en ella, seguro de despertarle ignorados deseos y escondido fuego y estrechándola con estudiada suavidad, la besó larga y estrechamente. Ella entornó las pupilas y apenas respondió brevemente al beso.

A los dos días estaba aburrido de aquella vida frívola de salidas, exhibición de trajes, paseos a orillas del mar y por la noche teatro, y pensaba en la alcoba de su casa, ¡ah! tan sabiamente dispuesta para los escarceos de amor, tan mullida, de luz tan dulcemente velada y como dosificada por pantallas, aquí verdes, allí rojas, acullá amarillas, que le permitían ver a su mujer en distintas coloraciones como en fantasmagoría.

Se quejó de las incomodidades de la luna de miel fuera de casa; y ella extrañada, cedió. Y volvieron.

Fabres tenía su programa. En la mañana, después del desayuno contestar cartas; luego, vestida ya su

mujer, charla en el jardincillo, a la sombra de la acacia; un dúo que el imaginaba poético, de dulce amebio, calculado para llenar de su imagen y su recuerdo el alma de su mujer; luego saldría al Club o a su oficina y tornaría al almuerzo. No perdonaría una breve siesta; después, acompañaría a su mujer a visitas muy breves, de cinco minutos a lo sumo; la dejaría para atender sus negocios, volvería a casa a comer y en la noche, sobremesa, un paseo solitario y de vez en cuando al teatro, a ver películas parlantes.

A su mujer no le hacía gracia este programa, no expuesto, para no abrir discusiones, sino realizado. Se sentía amarrada a su marido, tratada y cultivada como un hermoso animal, sometida a una vida regulada, dosificada.

La eugenesia, entonces muy recomendada para bienestar y hermosura de la generación, era muy tenida en cuenta por Fabres. A fuer de hombre vivido y sabedor, no descuidaba la eupepsia, ya que el "estómago es la oficina en que se fragua la salud" y los científicos tenían ya dosificados los alimentos que cada hombre de tanto peso y tal ocupación debía ingerir. La macrobiótica reglaba los ejercicios y la eufrasia los goces. Eran prescripciones de la ciencia, en-

tonces muy aplicada a la conservación, fortalecimiento y eficacia de la vida humana.

Y aun cuando el descubrimiento del doctor Voronoff prometía una juventud siempre renovada, lo efectivo era que por lo subido de su precio no estaba al alcance de muchos; y luego parece que la renovación había que hacerla con cierta periodicidad.

Un día, en que él creyó haber acumulado suficiente número de observaciones sobre un desgano o aburrimiento en su mujer, se propuso explicarle la ciencia de la vida, las ventajas del método, la eficacia de la regularidad de las funciones vitales.

Su mujer le oía con atención, inmóvil, pero su pensamiento vagaba por los espacios del ensueño.

Era una réplica muda.

Nunca había ella sentido tan viva la imaginación, tan rebelde el espíritu. Se dió a imaginar que en el cuerpo de su marido, indudablemente vigoroso y saludable, habitaba un alma impulsiva, ignorante y enamorada.

—Aun el placer, convenientemente esperado, es más gustoso—decía él.

—Me habría besado aquella primera noche ciegamente—pensaba ella—como un loco y habríamos hecho locuras como dos chiquillos.

—Es como despertar el apetito, que permite hallar más sabroso el plato más sencillo y salutífero.

—Habríamos correteado a orillas del mar, habríamos paseado silenciosos y mirándonos a la luz de la luna y . . . nos habríamos besado a hurtadillas. ¡Qué placer! . . .

—Y es que la regularidad predispone el espíritu como un ejercicio el cuerpo al desempeño de funciones perfectas, con el menor desgaste.

—Habría cometido imprudencias; y ante la risa maliciosa del mozo se habría indignado y le habría dado un puntapié. Yo habría llorado, y él se habría bebido mis lágrimas. ¡Me estremezco de goce al pensarlo!

—Un ejercicio regulado . . . ¿Conoces tú la macrobiótica? Voy a explicártela.

—¡Qué loco! — pensaba ella. — Ha querido pedir explicaciones y desafiar a ese joven que me miró de un modo . . . así . . . insolente. Me ha costado detenerlo, feliz de saber que por mí hará cualquier sacrificio.

—Ahora comprendes que con esta sabia regla, la vida es tranquila y feliz; y lo que venga . . . que ha de venir por sus cabales, será perfecto . . .

—Pues ¿no olvidó en su aturdimiento sacar el equi-

paje y nos hemos hallado sin ropa de alcoba y él se puso una camisa mía? Qué risa, ¡Dios mío!

Y sin poderlo remediar, la esposa fiel soltó una carcajada.

—¡Ajaja!—exclamó su marido.—Veo que la expectativa de eso, de lo que ha de venir, te pone alegre. Bueno; ya hablaremos. Voy a mis quehaceres.

Y viéndole en su camino, Luisa pensó:

—Todo lo que dice y hace será muy sabio, pero yo me aburro.

Y él murmuraba satisfecho, sacudiendo la chaqueta para que se adaptara mejor al cuerpo:

—¡Oh, si la juventud supiese!

* * *

Desde este punto, la divergencia de sus vidas, hasta entonces imprecisa, se hizo clara, porque se formuló en pensamientos y palabras.

Desde el instante en que un hecho de conciencia se traduce en palabras, adquiere consistencia, individualidad y existencia propias. Se destaca de la masa de actos imprecisos, rutinarios, subconscientes y se hace el centro de actividad intelectual y pasional.

Fabres pensaba, yendo de camino:

—Ha llegado a tiempo esta explicación que mi experiencia preveía. Luisa comprenderá ahora que la felicidad no excluye la regularidad y la prudencia; y que esta juventud en la edad madura junta la potencia y la salud a la ciencia de la vida, aprendida antes. ¡Ah, una juventud sabia! el sueño de la humanidad realizado.

Y Luisa, absorta en su alcoba, pensaba:

—De suerte que mi marido me prepara para el gran papel de madre y esposa; y vivo sometida a un régimen para que dé los mejores frutos. ¡Dios me perdone, si digo una enormidad! Pero vengo a ser algo así como una vaca lechera o una gallina ponedora. Pero yo también soy un ser humano, tengo derecho a la vida, a la juventud.

Y Fabres monologaba dentro del tranvía:

—Ahí está nuestro amigo Gutiérrez, joven de la primera juventud, alocado e inconsciente: se ha dejado arrebatar a su esposa por una ola a orillas del mar, por entregarse a esa contemplación amorosa cercana a la estupidez, propia de la edad. Y ese loco de Pérez, ¿no se ha roto una pierna al descender del avión? Atacado de viejo romanticismo, subió a pasear por el espacio una noche de luna con su mujer-

cita. No, no; esas son locuras, de que, gracias a la ciencia y experiencia de la vida, estoy exento.

Y Luisa se decía:

—Mi marido sostendrá que son locuras; pero ¡qué hermoso debe ser ir solitos por los aires en una noche clara, compartiendo temores y alegrías, pasando sustos y regocijos! Antonio y Gabriela ¿no hacen excursiones en aviones, en hidro-flotones, en automóviles, tomados de la mano?

Sí; pero Antonio es un joven de 30 años. Mi Diego es también joven, robusto, de buena salud; pero creo que pasa de los 50. Sí, sí, estoy segura; pasa de los 50. Pero como ahora pueden rejuvenecer...

Diego.—¡Beatus ille...! La paz es la única felicidad posible. El espíritu se aquieta y una dulce serenidad nos rodea y va con nosotros. Es como el sol, después de la tormenta.

Luisa.—Yo no tengo más que veintidós años y quiero vivir. Cuando esté vieja podré encerrarme en un conservatorio; pero estoy haciendo vida de vieja. Estoy esclava: vida de vieja.

Y repitió la frase tres o cuatro veces.

—Ahora me doy cuenta. Mi marido no siente como yo, no piensa como yo. Veintidós años; más de cincuenta. Sí, sí; él es joven todavía, es decir, tiene

el cuerpo joven; pero . . . pero tiene el alma de viejo.

Se asustó al pronunciar la frase como si, habiendo descornado un telón, hubiera visto un cuadro de horror; y luego, sintió dolor y remordimiento, como si hubiese lanzado un insulto a su marido. Pero la frase la obsediaba, golpeaba las paredes de su cerebro como un pájaro enjaulado. Cuerpo joven, alma vieja, le gritaban de adentro; y huyendo de este grito salió de su alcoba, pasó al jardín, se asomó a la cocina, fué a hojear su libro de música, corrió a ver la planta de un macetero, se encaminó al balcón que abrió y cerró, tornó a su alcoba y abrió el armario y se puso a remover trajes y adornos. Y no obstante, la frase le seguía y parecía surgir como un diablillo de mueca burlona de todos los rincones, del álbum de música, de la flor incipiente, de entre los vestidos removidos, de entre sus dedos ensortijados. Y vencida, aniquilada, se dejó caer en un sillón, y sin saber por qué, lloró, cubierto el rostro con sus manos de dedos de marfil.

Así la halló Diego Fabres, que alegre y satisfecho, quería darle una sorpresa y entró en puntillas al dormitorio. Traía un paquetito atado con bramante, que hacía balancear.

—Pero ¿qué es esto? ¿qué te pasa?

—¡Ah! eres tú... Es que... me dolía la cabeza; pero ya se pasó.

—Menos mal. Nerviosidades pasajeras. Vaya, ámate, ¿ves? (mostrando el paquete) esto te mostrará que no te olvido.

Y ella curiosa y conmovida:

—¿Qué es?

—Una perdiz escabechada.

—¡Ah!

—Un perifollo imprevisto para la comida. ¿No te alegras?

—Sí, sí, ¿por qué no?

Y yendo hacia el comedor él pensaba:

—¡Oh, las sencillas felicidades de la vida casera!

Y ella:

—¡Piensa en su estómago, más que en mi corazón!

En el comedor, él charlaba hablando de los negocios hechos y pensados, de lo que de política oyó hablar en el club; y ella oía sin entender y miraba sin ver.

Interrumpiéndole, le pregunta de repente:

—¿Por qué no haríamos un viaje en avión hasta Valdivia?

El, asombrado, en el tenedor un trozo de perdiz en el aire a medio camino:

—Pero ¿estás loca? ¿No has leído las continuas

desgracias que ocurren? Y luego, eso no tiene novedad. Es como mirar del balcón a la calle y muy peligroso además.

Y quiso pronunciar un discurso sobre la prudencia, la felicidad de la vida íntima del hogar; pero estuvo infeliz. Las ideas no se eslabonaban bien y andaban como anillos sueltos de una cadena rota. Sólo la perdiz escabechada tenía una continuidad sabrosa y una presa seguía a la otra por su orden.

* * *

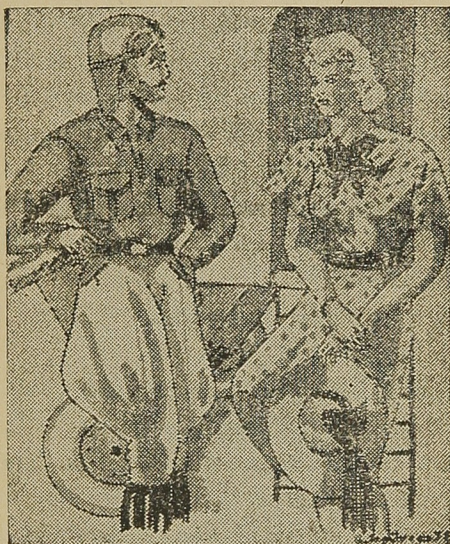
El avión reposa en la amplitud de las alas y al centro, sobre las pesadeces del motor, estaba la cabina de los pasajeros, con sólo dos asientos. Era un avión de excursiones placenteras, dijéramos un Pegaso de paseo. En el gabinete, en floreros, adosados a los marcos de aluminio, lucían claveles de varios colores. Elegantes visillos calados cubrían las ventanillas.

El dueño de aquel avión era un joven francés que viajaba por América. Esbelto, ágil y de tez bronceada por los aires de la altura, tenía la mirada leal e intrépida.

Vestía Luisa un sutil traje de seda clara y mane-

jaba con soltura una sombrilla roja, como los tules del sombrero.

Ambos venían al galpón con pasos lentos. Los separaba un silencio cargado de pesadumbre. El mira-



ba el horizonte, y ella, con los ojos gachos, parecía contar los pasos. De repente:

—Señor Dumesnil—exclamó—es demasiado precio para un viaje.

—No es un viaje—dijo él con voz sorda—es la partida.

—Gastón, por su honor de caballero, dígame, esa partida ¿no tiene vuelta?

Y Luisa, cuyas finas naricillas palpitaban, se detuvo. Había ansiedad y resolución en sus ojos brillantes.

—Luisa, usted lo sabe, usted lo sabe: la amo y nuestra partida ha de ser sin vuelta. De aquí a Valdivia; en seguida la región de los Lagos hasta la Argentina, la pampa hasta Buenos Aires; y de allí, un vapor a Europa, a Francia, "douce contrée".

—Y... ¿después? ¿Quemará usted su avión para vivir a lo burgués?

—No, amiga mía; viajaremos.

—¿Me lo promete? Júrelo.

—Lo juro; pero ¿qué importa eso?

—¡Oh! me encanta viajar.

Y sin poderlo remediar, dos cristalinas lágrimas le rodaron por las mejillas.

Era un adiós mudo. Gastón, enternecido, le tomó una mano y la besó largamente. También en sus ojos lució el cristal de las lágrimas.

El avión ha salido del cobertizo del aeródromo sur y la hélice gira vertiginosamente. El aparato trepida y tiembla como un potro fogoso.

—¡Luisa!

—¡Gastón!

—Todo está listo.

—Gastón, ¿me amarás siempre?

—Para toda la vida.

Se estrecharon la mano y Luisa subió por una escalerilla a la cabina. El piloto se instaló en su silla y Gastón se embarcó a su vez.

—¡Atención!—gritó el piloto.

—¡Ya!—contestó Gastón.

El avión corrió un poco y se desprendió del suelo. Luisa y Gastón cayeron el uno en brazos del otro.

* * *

Ha pasado un año cuando tropiezan el espartillo Fabres y Ordóñez en el pasadizo del Club. Se acercan silenciosos y se estrechan fuertemente las manos.

—¡Diablos!—exclamó Ordóñez—parece que has envejecido.

—¡Y tú, tan campante!

Con ánimo de confidencias, se retiraron a un saloncito.

—¡Hombre!—dice Ordóñez—yo puedo repetir los

versos de Bécquer: —“Que el sayo, al parecer nuevo por fuera— conozco que por dentro ha envejecido”

—“Ha envejecido, sí, pese a mi estrella!” ¿Y tú?

—Peor que eso: está caduco.

Se cuentan sus historias.

Ordóñez pensativo:

—¿De suerte que no repetirás la experiencia del doctor Voronoff?

—¿Para qué? Es preciso reconocer que en la mujer dominan la fantasía y el sentimentalismo; que no comprende y así que, mi amigo, es una ridícula majadería aquella de “si la juventud supiese, y si la senectud pudiese”.

—Tienes razón. Para fortuna mía, yo no busqué en la fuente de la juventud el amor, sino la pasión efímera. Pero tú quisistes hallar también la juventud del corazón y ¡qué demonios! aquellas glándulas de monos renuevan el cuerpo, pero no el alma.

—No—exclamó Fabres, casi indignado—yo sentía joven el corazón; joven, fuerte, pero aleccionado por la experiencia, capaz de regular sus latidos y condimentar sabiamente la vida.

Ordóñez soltó una carcajada; pero luego, asustado y compadecido de la feroz expresión de Fabres,

mató la risa y echándole un brazo al cuello, murmuró:

—Pobre amigo mío. Sólo una cosa has olvidado y es que experiencia . . . es vejez.

Y luego se separaron.

RESURRECCION

Una tarde en que sentía agitarse en el fondo del alma esa "fuente de aguas vivas que da saltos por la vida eterna", como ha dicho un escritor asceta (1), entré en un templo a buscar en su misteriosa soledad esa calma profunda que aquietta el ánimo y vuelve a sus quicios los principios fundamentales de la vida, descentrados por la lucha diaria.

A poco entró una dama envuelta en amplio manto que le cubría sin deformarlos, la esbeltez del talle y la bien asentada cabeza.

Cruzó las naves con paso ligero y fué a detenerse frente a un pequeño altar, en cuya hornacina un Niño Dios, de pie sobre un mundo, señalaba lo alto con una de sus **manecitas**.

Arrodillóse la dama y a poco se puso de pie; acercóse al Niño y tendióle los brazos como si quisiera recibirlo en ellos; y luego, aproximándose más, colocó las manos sobre el mundo y pegó su rostro a los pies

(1) Fray Juan de los Angeles, en Conquista del Espiritual y Secreto reino de Dios.

de la imagen con infinita ternura, y un sollozo turbó el silencio del templo solitario.

Quiso retirarse y apartó el rostro; pero tornó otra vez con ímpetu incontenible y cubrió de repetidos besos los pies del Niño y separóse al fin con un movimiento brusco que denotaba el esfuerzo que hacía.

Sacudió la cabeza, abrió los ojos con firmeza y extendió la mirada a su alrededor. Vi, sin que me viera, sus ojos llenos de brillantez y serenidad, su continente firme, su actitud resuelta y una divina claridad de alegría esparcida en sus facciones.

Confieso que aquella transformación excitó en mí el deseo ardiente de conocer la causa que la producía.

Un día supe la breve y dolorosa historia de la dama.

Muy joven aun se casó con un hombre de carácter apasionado, voluble y extremoso que le dió días de felicidad serena y días de borrascas y dolores. La extraña movilidad de su carácter arrastróle a peligrosos entretenimientos fuera del hogar y acabó en la vida del club y de los paseos, por perder la noción del valor de la vida. Un día se la quitó, en una pieza de hotel, después de una noche de orgía desenfrenada, ya fuera porque el vértigo de la locura

turbó su razón, ya porque desazones vergonzosas mataron en él todo apego al mundo.

El golpe de la noticia fué abrumador para la joven: le amaba cada día más en proporción a sus extravíos y al abandono en que la dejaba. Creyó morir de pena. Para colmo de desventuras, un hijo cuyos gorjeos comenzaban a regocijar aquel hogar entristecido, y único lazo que ligaba a la joven viuda a este mundo en aquellas horas lentas y dolorosas, murió en breve tiempo a manos de una enfermedad violenta.

¡Y la casa cayó en desolación! Junto con arrancársele de los brazos el cadáver del niño, aquella infortunada joven sintió que le arrancaban la razón y la vida, y dando tristes alaridos, recorría la casa buscando al hijo de sus entrañas.

Pronto cayó en atonía completa; obscurecióse su memoria, su inteligencia pareció embotarse y se pasaba las horas muertas sentada en un sillón sin que nada pudiera sacarla de su abatimiento.

Sólo de vez en cuando, durante la noche, a la hora en que merced al silencio comienzan al levantarse del fondo del alma los anhelos de vida en enjambre tumultuoso y despiertan las dormidas memorias de los

tiempos que fueron, parecía volverle la conciencia de su situación.

Entonces levantábase callada, atravesaba en puntillas la sala y llegábase a la cuna en que antes dormía su hijo, apoyaba la frente en los hierros del catre y le llamaba con cariñosas voces:

—¡Monino, lindito, despierta! Soy yo, tu mamá.

Y tendía el rostro para palparle con sus besos, y tendía los brazos y tocaba las ropas; más nadie había en aquel nido abandonado y un grito se escapaba de los labios de la joven, que se echaba al suelo llorando hilo a hilo.

Así iba secándose rápidamente, y de la hermosura y plenitud de sus días juveniles no quedaban sino restos miserandos.

¿Cómo fué aquello? No lo sé; pero una noche en que, llevada de esos impulsos de madre, levantóse para ir a la pieza en que antes dormía el hijo ausente, sea por una inspiración celeste, sea por una sencilla casualidad, pasó a otra pieza que permanecía cerrada desde los días en que la muerte se abatió sobre su casa.

Era noche de luna. Por las vidrieras superiores de una puerta penetraba la luz en haces que iban a quebrar, deshaciéndose en reflejos, sobre una aureola de

bruñido metal que coronaba la cabeza de un Niño Dios que, de pie sobre un mundo, en un rincón de la sala, alzaba al cielo una de sus manecitas. Los manojos de luz caían sobre él, abriellantando los tonos de azul, rosa y oro de sus vestidos y le rodeaban de una claridad viva. En medio de la obscuridad de la sala, erguíase el Niño como una aparición celeste, llena de dulzura y resplandor.

Al entrar aquella madre infortunada, hirióle la luz, detúvose sobrecoyida de asombro y de espanto; los ojos abiertos, dilatados en la sombra, clavábanse en la imagen que parecía animarse y mirarla; por una alucinación creyó la infeliz ver su hijo encarnado en aquella estatua, pero glorioso, transfigurado y divino.

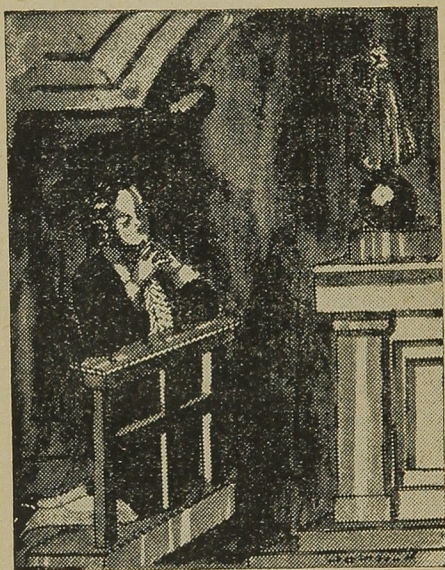
Llevóse la mano al pecho como para contener el corazón que le saltaba y, tambaleante y sin aliento casi, fué acercándose hasta caer de rodillas frente al Niño Dios que refulgía en la penumbra.

Un suspiro le subió del pecho y se le abrieron de nuevo las fuentes de las lágrimas; pero con ellas se le fueron todas las ceguedades del dolor y sintió como si el corazón le diera un vuelco, y la luz y la conciencia se le hicieron patentes.

Con la faz surcada de lágrimas, pero llena de suave claridad, como los paisajes de primavera después

del aguacero, decía al Niño entre delirante y tierna:

—¡Monino, lindura! Tú tuviste madre, pero yo no tengo hijo ya; pues tú te lo llevaste para tu cielo.



¡Ay! he quedado como rama seca. Compadece a las madres solitarias; sé tú el hijo que les falta.

En sus ojos irradiaba la caricia, en sus labios trémulos jugaba una sonrisa leve como tenue rayo de

luz, y en el abandono de su éxtasis, decía con fe infantil y candorosa:

—Era como tú... ¡Ay! perdona si te ofendo, que las madres perdimos la razón al serlo. Pero ya no lo soy; sé tú el hijo mío, que yo también quiero ser tu madre. ¡Ah!, Señor, Señorcito, para los hijos huérfanos dejaste una madre; y las madres huérfanas de hijo, ¿qué haremos si tú no nos adoptas? Si ya fui madre, ¿cómo podría dejar de serlo?

La crisis de aquella revelación de la maternidad fué completa en aquella mujer sensible y tierna. Desde aquel punto y hora tuvo conciencia plena de la vida y un punto fijo para término de su jornada.

Todavía en las tardes, rebozada en amplio manto, cruza las solitarias naves del templo para ir a prostrarse ante la estatua de un Niño Dios que, de pie sobre un mundo, señala el cielo con una de sus manecitas.

Es la madre huérfana que va en busca del hijo ideal.

LAURA FLORES

—¡Es hermosa, realmente bonita! — exclamó con sorda animación Roberto Arqueros, mirando con ojos golosos y enternecidos a Laura Flores, a quien había saludado quitándose rápidamente el hongo.

—¡Verdaderamente, es una belleza!—afirmó otro que estaba a su lado, en la fila que los pisaverdes y gomosos formaban, adosados al muro de la Catedral, a la salida de la Misa Mayor.

—Y esta noche canta en el concierto—añadió un tercero, y canta muy bien; yo la he oído.

Y todos seguían con ojos encandilados los pasos cadenciosos de Laura que, envuelta en el manto que le enmarcaba el rostro y ceñía la cintura, tenían un balanceo vertical, de sedaña elasticidad, que marcaba la brevedad de la cintura y las curvas eminentes del busto y las caderas.

Con el rabillo del ojo, que movía a uno y otro lado, ella veía la admiración que levantaba, y con-

testaba con leve inclinación de cabeza los rendidos saludos de los jóvenes.

La llamarada que encendió sus mejillas al saludar a Roberto Arqueros pasó como un relámpago; recobraron al instante su color nacarado y la claridad sus ojos azules y móviles. No para ella el demostrar especial interés por nadie. Sabíase hermosa y admirada, gustaba de ese homenaje mudo de la multitud, y a las galanterías de los jóvenes contestaba, ahora con una frase despectiva que detenía al atrevido, ahora con un mohín despreciativo que mataba la palabra en los labios estremecidos. Manejaba los ojos elocuentes como el orador la lengua, y sus labios rojos y delgados tenían una movilidad que embobaba.

Con la cabeza erguida parecía pasearse sobre la multitud de cabezas admirativas con la muda altivez y serenidad de una diosa. Así pasó por entre los grupos diseminados aquí y allá; al llamado de una amiga, detúvose un instante para ver desfilan un batallón, que al son de una marcha y guiado por oficiales con la espada en alto, pasó por la calle frontera entre una nube de polvo y de muchachos para perderse tras una esquina.

Toda la ciudad resonaba de músicas marciales y en todas partes veíanse uniformes militares de panta-

lón blanco con ancha franja roja en los costados, casaca azul obscura con botonadura y entorchados amarillos. La monótona y conventual Serena era entonces un campamento. Cuarteles de gran patio en que se adiestraban los reclutas, oficinas de enganche, a cuyas puertas se agolpaban grupos de aspirantes a soldados y sus mujeres y parientes, y madres llorosas que pedían noticias del hijo desaparecido; paso de compañías que iban a la Pampilla a ejercitarse en las armas, con sus bandas de músicos a la cabeza; estampidos de fusiles en las pruebas de tiro al blanco; y en las tardes, oficiales garbosos, con mucha sonajera de sables; veteranos remozados, civiles temerosos o anhelantes, en las cantinas, en grupos detenidos en las esquinas, en la plaza en que los músicos tocaban retreta; y al anochecer, distribuciones en los templos, que llenaban devotas de manto, para rogar por el triunfo de las armas patrias y, en lo secreto del alma, por la vuelta, salvo y glorioso, del deudo que ya partió a la guerra o del que va a partir: así era el aspecto de la Serena en las medianías de aquel mes de mayo de tibia temperatura, de zozobras en las almas y de estridencias bélicas en las calles.

En las casas, a la luz del día, a la vacilante de la vela de esperma o del quinqué de parafina, grupos

de mujeres deshilaban viejos lienzos para curar heridos, hilas que se distribuían en los hospitales de sangre de la ciudad o en las ambulancias de los móviles campamentos del ejército; y multitud de niñas, los ojos hinchados sobre la boca contraída, bordaban banderas, tejían bufandas, confeccionaban escapularios de la Virgen del Carmen y piadosos amuletos para sus novios o hermanos; y a altas horas de la noche escribían cartas salpicadas de llanto.

Aquella noche de domingo se tocaba un concierto en el teatro, organizado por la esposa del Intendente; en él, además de la música, se declamarían versos y terminaría la función con una alegoría en que tendrían parte las principales señoritas de la sociedad. Laura cantaría una romanza.

La tarde de ese día, una ligera bruma se levantó del mar, cuando el sol moría sobre las aguas, entre celajes rojos y violetas, y en una calleja que lindaban los tapiales de los fondos de las casas y por encima de cuyas bardas se empinaban los papayos y se tendía la masa oscura de los frondosos lúcumos, se paseaba nerviosamente Roberto Arqueros. Esperaba. En un momento dado se abrió lentamente una puercecilla de servicio horadada en el muro y asomó una cabeza tocada de alto moño; vió a Roberto que iba

y cerró la puerta. Laura con juvenil inquietud, esperó a su vez y cuando sintió vecinos los pasos, abrió de golpe y se puso en el vano, como una imagen en su hornacina; Roberto dió un ¡ah! de contento.

—Temía—murmuró.

—¿Cuándo no temes tú?—dijo impetuosamente Laura.—Siempre te quejas. No sabes agradecer. Por ti me expongo a las bromas y burlas de mis amigas y los jóvenes ya no me agasajan por ser prenda con dueño.

—Y eso ¿te aflige? Lo comprendo; acostumbrada a ser la reina de los salones y a ser seguida por una corte de adoradores...

Una chispa de satisfecha vanidad lució en los ojos de Laura y sonriendo repuso:

—¿Tengo yo la culpa? Ninguno, salvo tú, podrá alabarse de que le haya hecho caso.

—Pero pololeas con todos.

—¿Y quieres que sea una estatua muda? Si me dicen algo, contesto. No tengo yo la culpa de que guste a los hombres.

—Es eso precisamente lo que me desespera; tengo cien rivales y no puedo estar en todas partes para defender lo mío.

—¿Lo tuyo? ¡No seas presumido, hombre! Te falta mucho todavía para conquistarlo.

—¿Crees tú? Pero no peleemos. Oye, la calle está sola; nadie nos ve; dame un beso.

—¿Nada más, señor mío? Mira que mis besos enloquecen.

—¿A quién se lo cuentas? He pasado noches enteras saboreando los muy pocos que me has dado, o más exactamente, que yo te he dado. Esta noche, Laura, pertenecerás al público que te oirá cantar; estarás a cien leguas de mí; te pido, te ruego, mi encanto, que después de la función conversemos. Me sería intolerable no estar contigo después.

—Eres muy pedigüeño; pero yo soy la tonta que te concedo todo. Y ¡adiós! que luego vendrán mis amigas a buscarme. ¿Sabes? están locas por saber que traje me pondré y qué romanza cantaré; han venido todos los días a sonsacarme; y yo, esquivando la respuesta.

Roberto atisbó la calle solitaria y acercándose, tomó a Laura por la cintura y le aplicó un beso apasionado.

—Hasta después de la función.

—Pero, fíjate que vendrán amigas.

—No importa, esperaré.

—¡Qué majadero! Adiós.

Cerró la puerta y se fué. Roberto escuchó embebecido sus pasos menudos y rápidos y cuando callaron, echó a andar con la sonrisa en los labios, bajo el fino bigote negro.

Anohecía. El farolero, con un pabito encendido en una mano y una escala al hombro, corría dando lumbré a los quinquées de parafina que pendían de consolas de hierro en las esquinas de las calles.

* * *

Un teatro lleno de bote en bote; palcos rebosantes de juventud engalanada a la moda de entonces: las niñas de jubón ceñido; aprisionada y breve la cintura; anchas y eminentes las caderas con el relleno del polizón; la falda larga, estrecha en los muslos, ensanchándose desde las rodillas al empeine del pie, como campana; los jóvenes de cuello alto, corbata de rosa o plastrón encarrujado; paletó corto, de breves solapas y pantalón campanudo, que desde las rodillas abajo tomaban forma de embudo hasta cubrir el pie; el conjunto vistoso y llamativo; tal aparecían los palcos.

En la platea, una abigarrada muchedumbre rumo-

rosa que torcía el cuello hacia los palcos; y en los espacios que quedaba bajo éstos y antes de la baranda semicircular que encerraba la platea, en lo que se llamaba galería, en filas de sillas de junco o de paja y de pie, se movía la masa popular en que ponía su mancha negra el manto de las mujeres y su mancha de color la manta de los hombres.

La sala estaba alumbrada a medias por lámparas colgantes del techo y por velas de esperma en tubos de latón que pendían de consolas de hierro clavadas en los muros.

El himno patrio que empezó a tocar una banda de músicos instalada en el pórtico anunció la llegada del Intendente, de bracete con su esposa; la concurrencia se puso de pie y le aplaudió al ocupar el palco, en tanto que los músicos, a paso militar, entraron por el pasillo central, atronando la sala hasta llegar a las candilejas; y el público coreaba el himno patrio.

Cuando terminó la banda y cesaron canto y aplausos, se levantó el telón del proscenio; y avanzó un joven de negra levita y mechón rubio y rebelde que le caía al sesgo sobre la frente.

Accionando con un rollo de papel que llevaba en la derecha, anunció:

—El adiós a Clementina, del valiente bardo atacameño, Rafael Torreblanca.

La sala estalló en aplausos. La vieja fraternidad de atacameños y coquimbanos se reavivaba. Con acento declamatorio dijo aquel adiós a su novia que, al partir para la guerra, publicó el poeta que abandonó la lira por la espada. Una intensa emoción dominaba al público; muchas mujeres se cubrían el rostro con el pañuelo y algunos hombres daban vuelta la cara para secarse a hurtadillas una lágrima inoportuna; y cuando el declamador con voz temblorosa dijo la última estrofa, la concurrencia rompió con ímpetu en palmoteos y vivas a la patria y al poeta.

A este número siguieron una marcha tocada por la banda de músicos; una mazurka a cuatro manos en el piano por dos señoritas conocidas y una declamación de una alumna de la escuela superior. El bastonero anunció:

—Romanza de Isabel, de la ópera Roberto el Diabolo, por la señorita Laura Flores.

La concurrencia aplaudió y se acomodó para oír; las que sabían del pololeo de Laura con Roberto Arqueros cambiaron miradas de inteligencia y maliciosas sonrisas. Laura avanzó con lentitud. Realzaba su belleza el tocado: el pelo castaño partido por mitad

caía en bandas a ambos lados hasta cubrir las orejas y se anudaba hacia atrás; sobre el rodete, un clavel rojo; el justillo de seda negro abotonado al sesgo; largo brial acampanado que caía recto sobre los pies. Sobre el tono obscuro su rostro blanco de rosadas mejillas, sus labios rojos y delgados, sus largas pestañas doradas que daban sombra a sus ojos azules, cobraban vida y color, y su andar ondulante y lento, le daba majestad.

Le temblaba la voz cálida al iniciar la frase musical: *Roberto, tu che io amo* . . . , pero fué serenándose, y toda la plenitud de su corazón apasionado vibró potente en el resto de la romanza que el teatro oía en anhelante silencio. Y ella, abstraída, cantaba en éxtasis, sintiéndose sola y arrebatada por su amor y su lirismo. El estruendo de los aplausos la volvió en sí y sintió ensanchársele el pecho de gloriosa vanidad.

Empezaba a levantarse de nuevo telón y ya aparecían las primeras figuras de la alegoría, cuando irrumpió en la sala, atropellando la gente y precedido de gritos, un joven que clamó: Triunfo, triunfo de las armas chilenas. Tacna ha sido tomada. ¡Los enemigos en derrota! ¡Viva Chile! y esto dicho, salió gritando.

El público enloquecido se agita, clama, se trepa a

las bancas, tira al aire los sombreros, y se atropella en las puertas, sin oír las voces que piden calma y la música que rompe con el himno patrio; sin ver la apoteosis de la Patria que el cuadro alegórico muestra en el proscenio, en que una República encaramada sobre alto armatoste, con gorro frigio y bandera, tiene a sus pies, hincada una rodilla, dos oficiales con espada desenvainada y un cerco de niñas vestidas de ángeles. El teatro ha quedado casi vacío, con sillas volcadas; desamparada la República, descorazonados los comparsas, quejas sus familias que los esperan.

Rodeada de amigos y jóvenes que la congratulaban, salió Laura; una sirvienta la seguía, pues su tía doña Nicolasa, retenida por su reumatismo, no pudo ir al teatro. Esperaba impaciente a su sobrina, cuyas amigas, con hiperbólicas frases, alabaron su triunfo. Cuando se hubieron ido, Laura, alegando cansancio, se retiró a su alcoba, separada de la de su tía por el salón y el comedor.

Sobre su nativa vanidad de mujer admirada y cortejada, aclamada ahora por un público mayor y más expresivo que el de templos y conciertos; sobre este contento que le hacía ensanchar el pecho y dar a su porte una altivez soberana, flotaba un vago sentimiento de tristeza.

¿Era la compensación que en nuestra misérrima naturaleza, no hecha para el breve tránsito del mundo, lleva en sí todo goce o dolor intenso? ¿O un presentimiento indefinible?

—Cierto que por él lo hice—monologaba, mientras guardaba el ligero abrigo, una amplia capa de color claro; pero él no debe pensarlo. Se hincharía de orgullo. La romanza de Isabel venía muy al caso. . . . “Roberto, a quien amo”, susurró cantando.

Las ideas inconexas se eslabonaban.

—Pero Roberto el Diablo llevaba un ramo mágico para llegar hasta Isabel y despertar su amor dormido. ¿Me traerá un ramo? ¿Una flor? Pero el ramo mágico dió poder a Roberto el Diablo para llegar hasta Isabel, a pesar de todos los obstáculos. No sé por qué me da susto. ¡Bah! nadie se atreverá conmigo. Me río de los enamorados.

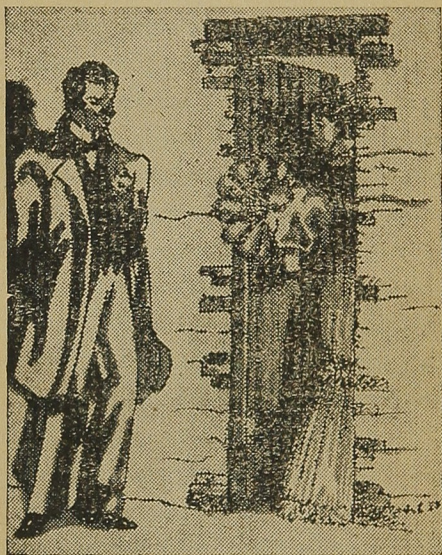
Y lentamente se dirigió a la puerta de servicio. Estaba sola; era ya cerca de las once de la noche; sentíase el rumor de la muchedumbre soliviantada por el patriotismo y gritos repetidos de vivas y mue-
ras; el desfile que se formó para llegar hasta la Intendencia en busca de datos y al compás del canto nacional, habíase disuelto desparramándose como regatos por las calles hacia los afueras; en casa todo silencio

y quietud. El lúculo sombrío daba misterio al patio; más al fondo seguía el vergel de naranjos, papayos y durazneros que se perdía en la sombra. Un instante detúvose Laura y miró el huerto, en seguida el corredor cuyos pilares, insinuados por la luz de las estrellas, se esfumaban en la altura; luego el cielo profundo, diáfano. Suspiró, sin saber por qué.

—¡Vaya!—se dijo—; me pongo romántica.

No era ni quería ser romántica. Huérfana desde hacía tres años, en que, en corto intervalo, el padre siguió a la madre en el viaje sin vuelta, vivía con su tía Nicolasa, solterona, vieja y sola. Había recuperado su antigua vida; vida de niña de familia, educada para lucir en los salones hasta que encontrara un buen partido; música, mucho baile y el arte inimitable de la conversación fútil, en que se habla mucho, se cotorrea sobre temas baladíes sin que se agoten y más que todo, el arte de provocar y repeler galanteorías, de mantener la guerrilla amorosa con cierto aire infantil, desenfadado y risotero. Y Laura lucía en los salones, en las tertulias de familias, su belleza, su porte escultural, su gracia en la charla, los mohines espontáneos con que salpimentaba la conversación, la viveza de sus respuestas a los galanes; su destreza en el canto que por natural inclinación había cultivado

hasta llegar al clacisismo, y el donaire y garbo con que bailaba las polkas, mazurkas y valsés, las cuadrillas y lanceros que componían el repertorio coreográ-



fico social; todo concurría a darle preeminencia y a estar siempre solicitada por los jóvenes e invitada a sus fiestas por las madres.

Duro es confesarlo: era vanidosa. (Su vanidad era el fruto de la conciencia de su belleza y gracia, y de

la educación recibida y del medio en que creció; flor de salón destinada a marchitarse al fuego de las pasiones que en él prenden. E iba ahora a recibir el homenaje que más ansiaba, un aplauso íntimo que se encimaba sobre la masa clamorosa de los recibidos en el teatro, cuyo eco empalidecido sonaría en los diarios del día siguiente.

Roberto esperaba apoyado en el muro.

—¡Cuánto has tardado!—musitó.—Habría querido coronarte en pleno teatro; pero mi ramo es pobre. Ya ves. Y le pasó un pequeño ramo de claveles.

—Gracias, Roberto. Lo esperaba, aunque hubiera sido un solo clavel. ¿Qué te pareció? ¿Canté bien?

—Admirable, soberbio. Nunca te había oído cantar con tanto sentimiento. ¡Picarona!, te habías guardado el secreto de lo que ibas a cantar y al oír mi nombre me dió un vuelco el corazón. Habría gritado “ese soy yo” a toda boca.

—No, tú no; Roberto el Diablo. Eres muy fantasioso.

—Convídame a tu pieza; anda gente por las calles y puede vernos.

—No, eso no. Mi tía puede sentir.

—Un momento. Vamos a poner tu pequeño ramo en un florero.

—¡Ah! el ramo mágico de Roberto el Diablo. Percnada más; te vas en seguida.

—Sí.

El diálogo era frío; pero en las voces calladas palpitaba una emoción retenida. El paso era atrevido y en el consentimiento para darlo había tenues vislumbres de miedo, de audacia, de novedad, de hipocresía.

Yendo de camino, Roberto la tomó por la cintura y estrechándose a Laura, la besó con fuego. Hizo ella un pequeño esfuerzo defensivo para ceder con voluntaria frialdad.

—Quieto—le dijo—; ya te propasas.

En la pieza una lámpara sobre una cómoda alumbraba las inquietantes intimidades de una alcoba de mujer; el ropero entreabierto, en que pendían sus vestidos, la cómoda cubierta de dijes, figurillas y potes de greda perfumada; el tocador con lavabo de loza floreada, frascos de esencias y cosméticos y floreros de loza repujada de tonos áureos y rojos; y sobre el sofá, ropa abandonada. Olor de esencias y hedor de parafina quemada, de flores y de efluvios del jardín vecino formaban una atmósfera capitosa. Roberto sintió bullirle la sangre joven y desperezarse en sus músculos instintos de animal en celo. Mientras ella con displicente donaire colocaba el ramo en

un florero, Roberto con pasos quedos se le acercó y rodeándole el talle, se la atrajo a sí, y pegando su rostro inflamado al de ella, le musitó al oído:

—Laura, te amo, te quiero con frenesí. Nunca creí que uno pudiera enamorarse como lo estoy, pendiente de tus pasos, colgado de tus palabras, esclavo de tus ojos. Ando desatentado por las calles esperando verte; espío tus pasos, estudio tus gestos, averiguo donde has ido y ya no vivo sino para ti. Quiéreme tú, corresponde a mi cariño.

—¿Y qué más quieres, bobito, que la atención que te concedo? ¡Cuántos se sentirían felices con la mitad de lo que te permito! Y aun te quejas.

—Es que es poco, muy poco para lo que yo siento. Quiero besarte siempre así (y la besaba en las mejillas, los ojos, la boca), tenerte siempre a mi lado, que seas mía por entero, totalmente mía.

—Vamos, déjate de tantas zalamerías; suéltame ya. Has prometido ser juicioso; si no, te echo fuera. Debes irte ya.

—No, no me voy. Si quieres echarme, hablo fuerte, que sientan los de casa.

—Roberto, ¿te has vuelto loco? ¿Qué te pasa?

—Que realmente estoy loco y dispuesto a todo. Ahora serás mía de veras; ahora . . . o nunca.

Laura lo miró asombrada. Cuando consintió en llevarlo a su pieza, imaginó una hermosa declaración de amor, un amor rendido, inflamado, en el respetuoso abandono del devoto que se abniega y anonada a los pies de su ídolo, y ella gozosa ante tal acatamiento y dominación; pero la fierecilla se rebelaba y el esclavo tomaba aires de señor.

—Te vas ahora mismo—le dijo con reposada energía—; y todo ha concluído entre los dos. Te creía un caballero...

—No soy caballero—replicó él con ojos extraviados—; soy un hombre que quiere. Laura, Laurita, tú me quieres, tú eres mía como yo soy tuyo.

Y como fuera a tomarla, ella de un empujón lo impelió hacia la puerta.

—Vete, vete—le gritó en voz baja—; y adiós para siempre.

Pálido, desencajado, Roberto la miró con saña y lentamente con acento ronco, dejó caer estas palabras:

—Sí, lo comprendo, me lo explico todo; tienes miedo de entregarte, porque ya has sido de otro hombre. Sí, lo comprendo; tienes razón.

Con los ojos desorbitados Laura oyó la nefanda sospecha; empalideció, se pasó la mano por la fren-

te, se tapó los ojos en que iba a brotar el llanto; sacudió la cabeza en que las ideas chocaban en confusa niebla; y en un arranque, se repuso, se irguió altiva y densamente pálida, dijo con voz enronquecida:

—¡Canalla, si eso crees, aquí estoy; tóname; desengáñate!

Y cerró los ojos y abrió los brazos. En su marmórea palidez y recta postura parecía una estatua del dolor.

Roberto esbozó una sonrisa que fué un rictus; entrecerró los ojos y con pasos lentos, sedosos como de un felino que va sobre su presa, fué acercándose y de golpe se abrazó a ella, que inmóvil permanecía en actitud hierática.

Minutos después salía de la alcoba con paso perezoso y cabizbajo. En vano había tentado con palabras y caricias sacar a Laura de su mutismo, de su actitud de víctima inmolada. Sentada al borde del lecho, revueltas las ropas, inclinada la cabeza siguió inmóvil, hostil e insensible. Y él se fué, mirando azorado a todos lados, con paso sutil, como un ladrón que se escabulle.

El remordimiento, como una niebla que avanza, iba borrando su primer sentimiento de vanidad satisfecha. Aquello no había sido una conquista, sino un robo.

Cuando todo estaba en silencio, Laura abandonó la alcoba y se fué a cerrar la puerta de servicio. Remiso el paso, anonadada la mente, fué a sentarse en un banco bajo el lúcumo y ahí en la sombra, lloró calladamente. Fluían sus lágrimas sin esfuerzo.

—¡Estoy perdida!—se decía sin palabras—; ¡perdida! —Y repetía en su mente la palabra fatídica.

Poco a poco, fué serenándose. El panorama de su vida se desenvolvió ante su espíritu: su infancia de niña regalona, sus años de internado en el colegio de monjas, las primeras fiestas sociales, sus primeros triunfos en el canto, en el pololeo de los salones, y luego su orfandad, el generoso asilo en casa de su tía, los conciertos de caridad, las fiestas religiosas, el asedio de los jóvenes galanes; la corte discreta e insistente de Roberto, su simpatía y los sentimientos que le atraían hacia él; las citas, el beso primero. Amor, esa afección que ella imaginaba profunda, avasalladora y constante, no lo sentía; atracción solamente.

Pero una atracción complaciente y complacida. La había rodeado de atenciones; otorgado preferencia en los bailes, atraído jóvenes y familias a su mesa de venta en las kermesses de caridad, formado en la calle que se abría a las damas a la salida de la misa mayor; enviándole ramos de flores de vez en cuando;

seguido sus pasos; y en toda ocasión échole presente sus sentimientos de amor, siempre respetuoso y medido; y ella sentía henchírsele el pecho ante tales demostraciones de adhesión; e insuflársele de natural vanidad ante la preferencia que le daba en los salones de familia. Y feliz en esta vida de elegante disipación y vagancia, nunca su pensamiento pasó los lindes del presente; que en cuanto a amar, pensó siempre en los goces del pololeo y rechazó los prosaísmos del matrimonio, en que se sepultaban las beldades, de solteras triunfantes; de casadas, desaparecidas y abandonadas al quehacer doméstico.

Y ahora, todo se hundía en un abismo, de golpe, como al toque de varilla mágica fatal. ¡Perdida!, ¿qué le quedaba ya que hacer en el mundo? Pronto todos lo sabrían; si no lo supieran, adivinarían; leerían en su frente su vergüenza. Presentía el cuchicheo de las damas tras el abanico, las confidencias furtivas de las amigas, las preguntas capciosas, las indirectas envenenadas, la risa despreciativa de los jóvenes, sus galanes; acaso proposiciones infames. Y temblaba imaginándolo y se cubría el rostro humedecido por las lágrimas. Huir, desaparecer... ¿dónde? ¿cómo?

Roberto, en tanto, arrastraba sus pasos temerosos por las calles, al azar. Como resaca de la tempestad

patriótica sentía el sordo estruendo de las cantinas, grupos que desaparecían tras las esquinas, gritos aislados, borrachos barbotantes. Y su alma estaba triste. Quería formular el pensamiento central a cuyo alrededor divagaba.

—Comprendo—se dijo, parado en una esquina—la seducción en que dos amantes se dan mutuamente; la locura de un instante, la conquista que siempre buscamos; pero lo de ahora . . . es un salteo. La herí con la vil sospecha, la anonadé y me entregó un cuerpo sin alma. No; no era una enamorada; era una víctima despojada; despojada por mí. Si le ofrezco mi mano, ella tan altiva, me rechazará con odio; luego, no puedo aún pensar en un hogar.

Y siguió andando sin destino. Hijo de mineros un tiempo ricos, luego pobres; criado hasta la terminación de sus humanidades en la abundancia y el regalo, se halló de pronto sin padre y sin fortuna, al lado de su madre enlutada. Hubo de emplearse primero en una oficina pública, después en el Liceo, como profesor de historia y gramática. Ganaba para mantener a su madre y hacer la vida social modesta que le ofrecían las viejas amistades de su padre. Y tenía ya veinticinco años.

—No, no puedo. Ella está acostumbrada al lujo,

a la vida de sociedad. ¡Necias ilusiones! Después de lo pasado, no cabía acomodarse. Tendría que ir de rodillas a pedirle perdón. Imposible. "Soy realmente un canalla".

Y dando vueltas la pequeña ciudad ya dormida, pasó la noche.

Laura, por su parte, lloraba en silencio. Cuando se hubo calmado un poco el tumulto de sus sentimientos e imaginaciones, miró el cielo profundo y límpido. La suavidad del aire embalsamado era sedante y el dulce irradiar de las estrellas aquietaba el ánimo. Parecía que nunca las noches otoñales de La Serena fueron más nítidas que aquella en que dos almas, que en circunstancias normales debían estar felices, estaban desgarradas, una por la vergüenza, otra por el remordimiento.

De las estrellas ingravídas fluía una claridad misteriosa y acogedora, y su titilar semejaba un guiño cariñoso. Mirándolas, Laura sentía descender la paz sobre su alma. Ellas, se dijo, recordando versos de su vida escolar, señalan los pasos de Dios.

Una idea súbita se le clavó en la mente; irse a un convento. No me queda otro camino, murmuró.

Y ahondando, ahondando llegó a dar forma a la idea vaga que le asediaba.

—He pecado de vanidad. La vanidad ha guiado mi vida; lucir ha sido mi única preocupación y por vanidad he sido perdida. El mundo se acabó para mí; he quedado fuera de él. Me rechazaría. Debo castigarme.

Ya endilgada por este camino su pensamiento no se detuvo.

—Monja, no—se dijo—; hay que matar esta vanidad que me ha extraviado; hermana al servicio de la cocina, sierva de las siervas de Dios. ¿Y en dónde? ¿Dónde se curan las que han caído o delinquido como yo! El Buen Pastor.

Descansó su ánimo como navío que llega al puerto. Miró el cielo limpio, las estrellas lucientes, el huerto oscuro y pasó a su alcoba, donde esperó el día arreglando sus ropas y escribiendo con lágrimas una larga carta a su tía.

Cuando lució el día llamó a la sirvienta y le mandó a buscar un coche; y al tornar con uno le dijo que salía a una diligencia y le entregó un atado de ropas como regalo.

Así, sencillamente, con esa decisión que era parte de su carácter, abandonó la casa y se fué al Buen Pastor, que estaba en las afueras de la ciudad.

Roberto Arqueros, que en su vagabundeo nocherie-

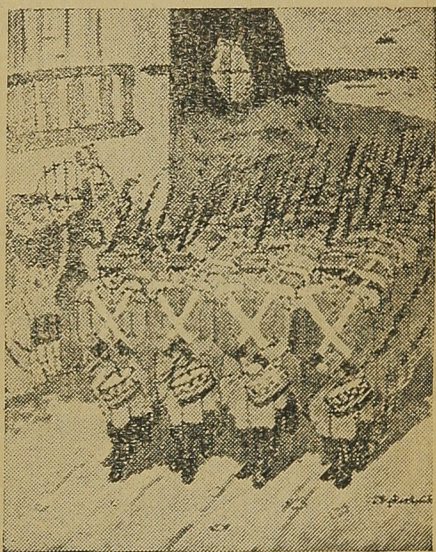
go había llegado hasta la Pampilla siguiendo la marcha de los reclutas que iban a ejercicios, y ya volvía, vió el coche que con gran ruido de los hierros mal ajustados paraba a la puerta del convento y la curiosidad lo detuvo. Una mujer modestamente vestida de negro bajó y entró en la portería. El corazón le dió un vuelco. ¿No es Laura? Avanzó hasta la puerta y llegó cuando abierta la cancela, Laura pasaba al locutorio. La reconoció, la llamó con voz ahogada y la portera con ademán ceñudo cerró la mampara.

Ya el sol aparecía y las gentes salían a la calle en demanda de noticias y detalles del triunfo de las armas chilenas anunciado en la noche; muchachos descalzos voceaban los diarios, militares acudían a los cuarteles; sonaban dianas a sus puertas y un batallón de reclutas, al son de una marcha bélica, tomaba el camino de la Pampilla.

Arqueros leyó ávidamente lo que decía el diario. Tacna tomado por los chilenos; peruanos y bolivianos en derrota, la gloria sangrienta refulgiendo sobre el campo de la Alianza. Entre los que ahí murieron, estaba el héroe atacameño, que para los coquimbanos era como propio, el poeta y profesor, Rafael Torre-

blanca, aquél cuyos versos se declamaron en el concierto de la noche.

Su historia de soldado, que el diario recordaba brevemente, estaba jalonada por sus ascensos; a teniente,



en el campo de batalla, en San Francisco; a capitán, sobre la cumbre de Los Angeles, que escaló con veinte hombres. Ahora moría en Tacna acribillado de balazos, víctima de su arrojo.

Arqueros, de pie en una avenida de la plaza, con el diario colgante, meditaba abstraído del movimiento de gentes. Por fin, echó a andar.

—Laura—se dijo—se ha encerrado en el convento; comprendo su resolución; yo soy el culpado. Mi vida aquí será insufrible. Torreblanca necesita un reemplazante y un vengador; la Patria quiere soldados. Nada me liga ya a este pequeño mundo. Esto ha terminado; principiemos una vida nueva.

Y yendo a la oficina de reclutamiento, que estaba en un costado de la plaza y a cuya puerta ya había un grupo de atezados mineros, se alistó. Su rango de profesor le daba derecho al grado de subteniente; pero él se enganchó de soldado.

Días después salía a Coquimbo un batallón de reclutas, donde el Gobierno resolvió reunir y adiestrar un ejército para ir sobre Lima. Roberto Arqueros iba entre ellos; y al son de las músicas marciales y el clamoreo del pueblo que los despedía, Roberto murmurada con fruición una estrofa de la despedida del poeta a su novia:

*Voy a buscar en medio de la guerra
Y entre el humo sangriento del combate,
Una bala piadosa que me mate
O un rayo de luz para mi sien.*

INDICE

A GUISA DE PROLOGO

	<u>Págs.</u>
La ondina	7
Juanita	13
Nubilidad	31
Sueño y realidad	45
Déjame	55
Retribución	65
Eros vengador	75
El castigo	93
La fuente de la juventud	109
Resurrección	131
Laura Flores	139



